



## 1- Magia en el viento

### Sinopsis:

Damon Wilder ha encontrado refugio en el pequeño pueblo costero lleno de ridículos residentes. Es un diseñador de sistemas de defensa, que ha sido perseguido y herido y vio a su amigo asesinado. Lo único que desea es estar solo y hallar un poco de paz. Pero el peligro lo sigue al tranquilo pueblo. Sarah Drake ha vuelto a casa. Incluso el viento susurra su nombre. Es misteriosa, mágica y diferente... Y Damon se siente atraído por ella. Sarah vive en la casa del acantilado y tiene seis hermanas, todas tan misteriosas como ella. Inmersos en una red de peligro, ¿podrá Sarah salvarlos a ambos del malvado que acecha a Damon?

1

Sara ha vuelto. Sara ha vuelto a casa.

El cuchicheo era demasiado ruidoso y teñido de algo cercano al temor. O al respeto. Damon Wilder no podía decidirse. Venía escuchado el mismo rumor desde hacía varias horas y siempre en el mismo tono apagado. Odiaba admitir que sentía curiosidad y no iba a rebajarse a preguntar, no después de haber insistido tanto en su deseo de absoluta privacidad desde su llegada el mes pasado.

Mientras paseaba calle abajo por la estrecha acera de madera, el viento pareció susurrar: "Sarah ha vuelto". Lo oyó mientras pasaba junto a la gasolinera y el corpulento Jeff Dockins le saludó. Lo oyó cuando se demoraba en la pequeña panadería. Sarah. El nombre no debería encerrar ningún misterio, pero lo hacía.

No tenía ni idea de quién era Sarah, pero ella inspiraba tanto interés y temor en la gente del pueblo, que le tenía totalmente intrigado. Sabía por experiencia que la gente del pequeño y soñoliento pueblo costero no era fácil de impresionar. Ni grandes cantidades de dinero, fama, o título ganaba alguna deferencia. Todo el mundo era tratado por igual, desde el más pobre al más rico, y no parecía haber ningún tipo de perjuicio religioso o de ninguna otra clase. Por eso había elegido este pueblo. Un hombre podría ser cualquiera aquí y a nadie le importaría.

Durante todo el día había oído murmullos. Ni una sola vez había captado el más breve vistazo de la misteriosa Sarah. Pero había oído que una vez escaló los escarpados acantilados sobre el mar para rescatar a un perro. Una tarea imposible. Él había visto esos acantilados y nadie podría escalarlos. Se encontró a sí mismo sonriendo ante la idea de que alguien intentara semejante hazaña imposible, y pocas cosas le divertían o intrigaban.

La única tienda de comestibles estaba situada en el centro del pueblo y la mayor parte de los rumores se originaban allí y después se extendían como un reguero de pólvora. Damon decidió que necesitaba unas pocas cosas antes de volver a casa. No llevaba en la tienda más de dos minutos cuando lo oyó de nuevo. "Sarah ha vuelto". El mismo susurro apagado, el mismo temor y respeto.

Inez Nelson, propietaria de la tienda de comestibles, entretenía a su corte, esparciendo rumores como hacía normalmente, en vez de teclear en la caja registradora. Normalmente le volvía loco tener que esperar, pero esta vez se demoró cerca de la estantería del pan con la esperanza de saber más de la misteriosa Sarah que finalmente había vuelto.

- ¿Estas segura, Inez? -preguntó Trudy Garret, arrastrando a su hijo de cuatro años hacia ella y casi estrangulando al niño con su abrazo. - ¿Sus hermanas han vuelto también?

- Oh, estoy segura. Entró directamente en la tienda tan real como tú y compró una tonelada de comestibles. Dijo que estaba de vuelta en la casa del acantilado. No dijo nada de las otras, pero si una de ellas aparece las otras no estarán muy lejos.

Trudy Garret miro alrededor, bajando el tono de su voz otro octavo.

- ¿Era todavía... Sarah?

Damon puso los ojos en blanco. Todo el mundo le molestaba a rabiar. Pensó que mudarse a un pueblo pequeño mejoraría algo la cosa pero

simplemente la gente era idiota. Por supuesto que Sarah era todavía Sarah. ¿Quién demonios podría ser? Probablemente Sarah era la única con cerebro en un radio de cincuenta millas a la redonda, por eso todos pensaban que era diferente.

- ¿Qué podría significar? -preguntó Trudy. - Sarah solo vuelve cuando algo va a ocurrir.

- Le pregunte si todo iba bien y ella simplemente sonrió de esa forma que tiene y dijo sí. No querrás que me meta en los asuntos de Sarah, ¿verdad, querida?. -dijo Inez piadosamente.

Damon dejó que su aliento escapara en un ronco silbido de impaciencia. Inez había hecho del meterse en los asuntos de todo el mundo el trabajo de su vida. ¿Por qué debería ser la ausente Sarah excluida?

- La última vez que estuvo aquí, Dockins casi murió, ¿te acuerdas de eso?- preguntó Trudy. -Se cayó de su tejado y Sarah simplemente paseaba por allí... - su voz decayó y recorrió la tienda con la mirada y bajando la voz a un tono conspirador susurró - El viejo Mars de la frutería dijo que Penny le contó que Sarah...

-Trudy, querida, sabes que Mars es totalmente indigno de confianza en las cosas que dice. Es un hombre encantador y dulce, pero algunas veces se imagina cosas.- Señaló Inez.

El viejo Mars era un gruñón reconocido, y conocido por tirar fruta a los coches si estaba del humor apropiado. Damon esperó que un relámpago cayera sobre Inez por su fragante mentira, pero nada sucedió. Lo peor era, que Damon quería saber lo que el viejo Mars había dicho sobre Sarah, incluso si era una flagrante mentira. Y esa verdad le irritaba.

Trudy se inclinó acercándose más, mirando melodramáticamente a derecha e izquierda sin siquiera notar que él estaba allí.. Damon suspiró pesadamente, deseando sacudir a la mujer.

- ¿Recuerdas la vez que el pequeño Paul Baily cayó dentro de ese respiradero?

- Lo recuerdo, ahora que lo mencionas. Estaba tan encajado que nadie podía sacarle, se habría deslizado aún más hacia abajo. La marea estaba subiendo.

-Yo estaba allí, Inez, vi como ella lo sacaba.- Trudy se irguió. -Penny dijo que oyó de su peluquero que Sarah estaba trabajando para una agencia secreta y que la habían enviado de incógnito a algún país extranjero para asesinar al líder de un grupo terrorista.

- Oh, no lo creo, Trudy. Sarah no mataría ni a una mosca. - Las manos de la propietaria de la tienda volaron hasta su garganta en protesta. - Simplemente no pudo imaginarlo.

Damon ya había tenido suficientes cotilleos. Si no iban a decir nada que valiera la pena oír, saldría endemoniadamente rápido de allí antes de que Inez volviera su punto de mira hacia él. Dejó caer sus provisiones sobre el mostrador e intentó aparentar estar tan aburrido como fue posible.

- Tengo prisa, Inez. - Dijo, esperando facilitar las cosas y evitar los acostumbrados intentos de Inez de entablar conversación.

- Vaya, Damon Wilder, que agradable verte por aquí. ¿Conoces a Trudy

Garret? Trudy es una mujer maravillosa, natural de nuestro pueblo. Trabaja en el Salt Bar and Grill. ¿Aún no has ido a comer allí? El salmón es muy bueno.

- Eso he oído. - Murmuró él, apenas mirando a Trudy en reconocimiento de la presentación. No le importaba. Todos ellos cavilaban sobre él, inventándose la historia que se negaba a proporcionarles. Sentía un poco de lástima por la recién llegada Sarah. También se inventaban cosas sobre ella.

- ¿Podrías contarme algo sobre la hermosa casa antigua de los acantilados? - Dijo, sorprendiéndose a sí mismo. Sorprendiendo a Inez. Él nunca daba a nadie pie para empezar una conversación. Quería que le dejaran en paz. Maldita Sarah por ser tan misteriosa.

Inez tenía pinta de ir a desmayarse y por un momento se quedó sin habla.

- Debéis saber de cual hablo. - Insistió Damon, a pesar de sí mismo. - Tres pisos, balcones por todas partes, una torreta redonda. La hierba está bastante alta alrededor de la casa, pero hay un camino que conduce al viejo faro. Estuve paseando por allí y con toda esa vegetación salvaje, esperaba que la casa estuviera en mal estado, lapidada como la mayoría de las casas abandonadas de por allí, pero estaba en perfectas condiciones. Me gustaría saber que barniz utilizan.

- Eso es propiedad privada, señor Wilder. - Dijo Inez. - La casa ha pertenecido a la misma familiar durante cientos de años. No sé que utilizan con la pintura, pero resiste bien las inclemencias del tiempo. Nadie husmea alrededor de esa casa. - Inez estaba definitivamente reprendiéndole.

- Yo difícilmente husmeo, Inez. - Dijo exasperado. - Como bien sabes, el salitre del mar es malo para la pintura y la madera de las casas. Esa casa está en condiciones admirables. De hecho, parece recién construida. Siento curiosidad por saber qué utilizan. Me gustaría conservar mi casa del mismo modo. - Hizo un esfuerzo por sonar razonable a pesar de estar molesto. - Sé algo de química y no puedo imaginar que mantendría una casa tan inmaculada durante años. No hay signos de daños causados por el mar, por la edad, o siquiera los insectos. Admirable.

Inez apretó los labios, siempre una mala señal.

- Bien, seguro que yo no tengo ni idea. - Su voz esta tensa, como si estuviera altamente ofendida. Le cobró las provisiones en un tiempo record sin decir ni una palabra más.

Damon cogió las bolsas con un brazo, su expresión desafiaba a Inez a preguntarle si necesitaba ayuda. Apoyándose pesadamente en su bastón, se volvió hacia Trudy.

- El de la peluquería canina le contó al barrendero que había visto a Sarah caminar sobre el agua.

Los ojos de Trudy se abrieron con sorpresa, pero había credulidad en su cara. Inez hizo alguna clase de ruido que él no pudo identificar. Disgustado, Damon se volvió sobre sus talones y salió. Desde que había odio por primera vez susurrar el nombre de Sarah había estado inquieto. Perturbado. Agitado. Había algo poco familiar creciendo en su interior. ¿Anticipación? ¿Excitación? Esto era ridículo. Murmuró una maldición por lo bajo contra la ausente Sarah.

Quería que le dejaran en paz, ¿verdad? No tenía ningún interés en la mujer sobre la que la gente del pueblo chismorreaba. Sarah podía no caminar sobre el

agua pero su casa era un misterio. No veía razón por la que no debiera hacer a su vecina más cercana una visita y preguntarle que barniz utilizaba en la madera para lograr esos resultados casi imposibles.

Damon Wilder era un hombre conducido al borde de la locura. Mudarse a este diminuto pueblo en la costa era su último esfuerzo por aferrarse a la vida. No tenía ni idea de como iba a hacerlo, o por qué había escogido este pueblo en particular con todos sus excéntricos residentes, pero se había sentido atraído hasta allí. Nada más. Había caminado sobre la rica tierra y sabido que o este lugar era su hogar o no tenía ninguno. Era un infierno intentar encajar, pero el mar le reconfortaba y las largas paredes de roca de millones de años y los acantilados ocupaban su mente.

Damon se tomó su tiempo para guardar las provisiones. El conocimiento de que este pueblo, este lugar, era su última oportunidad había sido tan fuerte que realmente había comprado una casa. Su casa era una de las pocas cosas que le daban placer. Adoraba trabajar en ella. Adoraba la madera. Podía perderse en el arte de reformar una habitación para que encajara con sus necesidades exactas. El trabajo le ocupaba durante horas de forma que nada más podía invadir su cerebro y se sentía en paz durante un rato.

Miró por su gran ventanal, el que tenía vistas al mar. Ese que tenía un vista despejada de la casa del acantilado. Damon había pasado más horas de las que quería recordar mirando hacia las silenciosas ventanas oscuras, los balcones y las almenas. Era una casa única de otro siglo, otro tiempo y lugar. Había luces encendidas por primera vez. Las ventanas brillaban en cálida bienvenida.

La pierna le dolía como el infierno. Necesitaba sentarse y descansar, no vagar por el campo. Damon miró fijamente hacia la casa, atraído por su calidez. Parecía casi viva, suplicándole que se acercara más. Se volvió hacia su escritorio, con la intención de sentarse en la silla y disfrutar de la vista del mar. En vez de eso se encontró cojeando directamente por el camino que conducía a los acantilados. Era casi una compulsión. El camino era estrecho, escarpado y rocoso en algunos lugares, casi no más que una senda de venados y de vegetación enmarañada. Su bastón se deslizó sobre los guijarros y dos veces estuvo a punto de caer. Maldecía en el momento en que llegó al borde de la propiedad privada.

Se quedó allí mirando en estado de shock. Había estado allí dos días antes, paseando alrededor de la casa y los terrenos. Había habido una vegetación salvaje, altos arbustos y rastrojos por todas partes. Los arbustos y árboles se habían encorvado a causa de la escarcha invernal sobre las hojas. Una notable ausencia de ruido había dotado al lugar de una sensación extraña y espeluznante.

Ahora había flores, como si todo hubiera explotado floreciendo en la noche. Una miriada de colores aparecían ante sus ojos, una alfombra de césped bajo sus pies. Podía oír insectos zumbando, el ruido de las ranas croando alegremente de acá para allá como si la primavera hubiera llegado instantáneamente.

La verja, que había estado firmemente cerrada, se abría ahora en bienvenida. Todo parecía darle la bienvenida. Una sensación de paz empezó a inundarle el corazón. Una parte de él deseaba sentarse en uno de los invitadores bancos y embeberse de la atmósfera.

Trepaban rosas por el enrejado y había rododendros por todas partes, grandes bosques de ellos. Nunca había visto tal cantidad de plantas. Damon

empezó a recorrer el sendero, notando que no había ni una mala hierba. Recorrió las piedras que conducían hacia la casa. Cada una de las piedras redondeadas tenía un símbolo meticulosamente grabado. Se había tomado gran cuidado en tallar el símbolo profundamente en la piedra. Damon se agachó para tocar el trabajo altamente pulido. Admiró la artesanía y el detalle. La artesanía del pequeño pueblo tenía toda ese rasgo, algo que él respetaba mucho.

Mientras se acercaba a la casa, un viento se levantó desde el mar y le llevó una salpicadura de agua salada y una rítmica melodía. "Sara ha vuelto. Sarah está en casa" Las palabras fueron cantadas a través de la tierra jubilosamente. Estaban en todas partes, toda clase de pájaros, moviéndose con rapidez de árbol en árbol, un revoloteo de alas en lo alto. Las ardillas gorgojeaban mientras se apresuraban de rama en rama. El sol se hundía sobre el océano, volviendo el cielo de brillantes tonos de rosa, naranja y rojo. Había niebla en el lejano horizonte, encontrándose con el mar dando la impresión de que hubiera una isla entre las nubes. Damon nunca había visto nada tan hermoso. Simplemente se quedó allí, apoyado en su bastón y mirando maravillado la transformación que le rodeaba.

Llegaban voces desde la casa. Una era suave y melodiosa. No pudo captar las palabras pero el tono se abrió paso a través de su piel hasta sus mismos huesos. Hasta sus órganos vitales. Se acercó más, atraído por el sonido, e inmediatamente vio dos perros en el porche delantero. Ambos le estudiaron alerta, con las cabezas bajas, el pelo erizado, ambos emitiendo un sonido.

Damon se quedó congelado. Las voces continuaban. Una estaba llorando. Podía oír el sonido que rompía el corazón. Una voz de mujer. La voz melodiosa consolaba. Damon cambió su peso y aferró su bastón con ambas manos. Si tenía que utilizarlo como arma, eso le daría más estabilidad. A pesar de estar ante los perros, estaba más concentrado en la voz. Se esforzó por oír.

- Por favor, Sarah, tienes que poder hacer algo. Sé que puedes. Por favor di que me ayudarás. No puedo soportar esto. - Dijo la voz que lloraba.

La pena era tan profunda que Damon lo lamentó por ella. No podía recordar la última vez que había lamentado el dolor de alguien. No podía recordar como sentir nada más que aburrimiento o frustración. Los dos perros olisquearon el aire y, como si le reconocieran, menearon sus colas a forma de saludo y se sentaron, con el pelo otra vez en su sitio parecían mucho más amigables.

Manteniendo un ojo en los perros, se esforzó por captar las palabras que se pronunciaban en ese suave y rítmico tono.

- Sé que es difícil, Irene, pero esto no es como poner una tirita en una rodilla rasguñadas. ¿Qué dicen los médicos?

Hubo más sollozos. Eso le sacudió, le dolió, desgarrando sus entrañas haciendo que sus intestinos se apretaran y un peso terrible le presionara el pecho. Damon se olvidó totalmente de los perros y se presionó una mano sobre el corazón. Irene Madison. Ahora reconocía la voz, sabía por Inez de la tienda de comestibles que tenía un hijo de quince años, Drew, que era un enfermo terminal.

- No hay esperanzas, Sarah. Dicen que le lleve a casa e intente que esté cómodo. Sabes que puedes encontrar una manera. Por favor hazlo por nosotros, por mí.

Damon avanzó un poco más cerca de la casa, preguntándose que demonios creía que podía hacer Sarah. ¿Obrar un milagro? Hubo un pequeño

silencio. La ventana estaba abierta, el viento hacía que danzaran las cortinas de encaje blanco. Esperó, conteniendo el aliento. Esperó la respuesta de Sarah. Esperó el sonido de su voz.

- Irene, sabes que yo no puedo hacer esa clase de cosas. Solo acabo de llegar. Ni siquiera he desempaquetado. Me estás pidiendo...

- Sarah, te lo suplico. Haré cualquier cosa, te daré cualquier cosa. Te lo suplico de rodillas... - Los sollozos estaban estrangulando a Damon. El dolor de la mujer era tan crudo.

- ¡Irene, levanta! ¿Qué estás haciendo? Para.

- Tienes que decir que vendrás a verle. Por favor, Sarah. Nuestras madres eran grandes amigas. Si no por mí, hazlo por mi madre.

- Iré, Irene. No te prometo nada, pero iré. - Había resignación en esa voz amable. Debilidad. - Mis hermanas estarán aquí en un día o dos y tan pronto como todas hayamos descansado iremos y veremos que podemos hacer.

- Sé que crees que estoy pidiendo un milagro, pero no lo hago, solo quiero más tiempo con él. Ven cuando hayas descansado, cuando las otras hagan llegado y puedan ayudar. - El alivio que sentía Irene se derramó sobre Damon y no tenía ni idea de por qué. Solo que el peso que presionaba su pecho se alivió y su corazón se remontó durante un momento.

- Veré lo que puedo hacer.

Las voces viajaban hacia él. Damon esperó, con el corazón palpitando de anticipación. No tenía ni idea de que esperaba o incluso qué deseaba, pero todo él estaba inmóvil.

La puerta se abrió y dos mujeres emergieron para permanecer entre las sombras del amplio porche adornado con columnas.

- Gracias, Sarah. Muchas gracias. - Dijo Irene, aferrando las manos de Sarah con agradecimiento. - Sabía que vendrías. - Se apresuró escaleras abajo, pasando directamente junto a los perros, que se habían apresurado a acudir a su dueña. Irene esbozó una rápida sonrisa hacia Damon al pasar junto a él, su cara surcada por las lágrimas brillaba esperanzada.

Damon se apoyó en su bastón y alzó la mirada hacia Sarah.

SARAH PERMANECÍA EN PIE sobre el porche, con el cuerpo entre las sombras. Damon no tenía ni idea de su edad. Su cara parecía intemporal. Sus ojos eran viejos, llenos de inteligencia y poder. Su piel lisa e inmaculada, dándole una apariencia de extrema juventud, muy en conflicto con el conocimiento que mostraba su mirada directa. Ella simplemente permanecía en pie muy tranquilamente, sus increíbles ojos fijos en él.

- ¿Cómo atravesó la verja?

No era lo que había esperado. Damon se volvió para mirar atrás hacia la obra de arte de hierro forjado. La verja tenía dos metros de altura y un intrincado trabajo de artesanía. La había estudiado en más de una ocasión, notando los símbolos y descripciones de varios animales y estrellas y lunas. Un collage de criaturas de puro poder mezcladas con signos universales de tierra, agua, fuego, y viento. Antes cuando había venido a observar la casa y los terrenos la verja siempre había estado firmemente cerrada.

- Estaba abierta. - Replicó simplemente.

La ceja de ella se arqueó y miró de él a la verja y otra vez a él. Había interés en su mirada.

- ¿Y los perros? - Su mano cayó sobre una de las enormes cabezas de los perros mientras ausentemente le rascaba las orejas.

- Me echaron una mirada y decidieron que era de fiar. - Respondió él.

Un ligero ceño tocó la cara de ella, desapareció en un instante.

- ¿Eso hicieron? Debe llevarse muy bien con los animales.

- No me llevo muy bien con nada. - Barbotó él antes de poder detenerse a sí mismo. Estaba tan sorprendido y avergonzado por la admisión que no podía encontrar la forma de reírse de la misma, así que permaneció entre los dos.

Sarah simplemente le estudió la cara durante un largo rato. Una eternidad. Tenía una mirada directa que parecía ver más allá de su cuerpo físico y penetrar directamente hasta su alma. Hizo que Damon se sintiera incómodo y avergonzado.

- Será mejor que entre y se siente un rato. - Dijo ella. - Hay un halo negro alrededor de su aura. Puedo afirmar que le duele, aunque no puedo ver aún para qué ha venido. - Se dio la vuelta y entró en la casa, claramente esperaba que él la siguiera. Ambos perros lo hicieron, apresurándose tras ella, pegados a sus talones.

Damon había estado actuando de forma rara desde que había oído ese primer cotilleo susurrado. Permaneció en pie, apoyado en su bastón, preguntándose que le había poseído. Había visto a la poderosa Sarah. Era solo una mujer con unos ojos increíbles. Eso era todo. No podía caminar sobre las aguas o mover montañas. No podía escalar acantilados imposibles o asesinar a líderes de organizaciones terroristas. Era solo una mujer. Y probablemente loca como una cabra. ¿Su aura era negra? ¿Qué demonios significaba eso? Probablemente tenía muñecas de vudú y pollos muertos en su casa.

Miró fijamente hacia la puerta abierta. Ella no se volvió o volvió la vista atrás para ver si la estaba siguiendo. La casa se la había tragado. Misteriosa Sarah. Damon levantó sus ojos hacia la creciente oscuridad, hacia las primeras estrellas y los jirones de nubes. Le irritaba pero sabía que iba a seguirla hasta el interior de



esa casa. Justo igual que sus malditos perros.

Damon se consoló con el hecho de que estaba extremadamente interesado en la conservación de la madera y la pintura. Había estado interesado en la casa de ella mucho antes de que Sarah volviera al pueblo. No podía dejar pasar una genuina oportunidad de estudiarla de cerca, incluso si eso significaba soportar una pequeña charla con una loca desconocida. Se pasó la mano por el pelo oscuro y miró hacia el umbral vacío. Refunfuñando maldiciones en voz baja, cojeó tras ella lo mejor que podía con su bastón y su cadera y pierna maltrecha.

Las escaleras del porche eran tan sólidas como una roca. La terraza en sí misma era amplia y hermosa, rodeando la casa, una invitación a sentarse a la sombra y disfrutar de la vista del palpitante mar. Damon deseó demorarse allí y continuar sintiendo la paz de la casa de Sarah, pero entró. El aire parecía fresco y oloroso, olía a alguna fragancia que le recordaba a bosques y flores. La entrada era amplia, enlosada con un diseño de mosaico, y se abría a una enorme habitación.

Con una sensación de temor reverencial, Damon bajó la mirada hacia el artesonado del suelo. Tuvo la sensación de estar cayendo en otro mundo al mirarlo. El profundo azul del mar era realmente el océano en el cielo. Las estrellas explotaron y llamearon volviendo a la vida. La luna era una brillante bola de plata. Se quedó transfigurado, deseando hincarse de rodillas y examinar cada centímetro del suelo.

- Me gusta este suelo. Es una afrenta caminar sobre él. - Anunció en voz alta.

- Me alegro de que le guste. Yo creo que es hermoso. - Dijo ella. Su voz era suave terciopelo, pero fue llevada a través de la casa de vuelta hasta él. - Mi abuela y sus hermanas lo hicieron juntas. Les llevó mucho tiempo terminarlo. Cuénteme que ve cuando mira ese cielo de medianoche.

Él vaciló pero el empuje del suelo era demasiado para resistirlo. Lo examinó cuidadosamente.

- Hay sombras oscuras en las nubes alrededor de la luna. Y tras las nubes, un anillo rojo la rodea. Las estrellas se conectan y forman un extraño patrón. El cuerpo de un hombre está flotando en el mar de nubes y algo le ha destrozado el corazón - Levantó la mirada hacia ella, con un desafío en la cara.

Sarah simplemente sonrió.

- Estaba a punto de hacer té; ¿quiere una taza? - Se alejó de él entrando en la cocina.

Damon podía oír el sonido del agua mientras ella llenaba la tetera.

- Sí, gracias, eso suena bien. - Y lo hacía, lo cual era una locura. Él nunca bebía té. Ni una sola taza. Estaba perdiendo la cabeza.

- Las fotos de mi abuela y sus hermanas están a su izquierda, por si quiere verlas.

Damon siempre había considerado que ver las fotos de gente a la que no conocía era completamente ridículo, pero no pudo resistirse a estudiar las fotografías de las mujeres que se las habían arreglado para crear semejante belleza en un suelo. Vagó por la pared de recuerdos. Había muchas fotografías de mujeres, algunas en blanco y negro, otras en color. Algunas de las fotos eran obviamente muy viejas, pero podía ver fácilmente el parecido entre las mujeres.

Damon se aclaró la garganta. Frunció el ceño cuando notó un extraño patrón en cada grupo.

- ¿Por qué hay siete mujeres en cada foto de familia?

- Ese parece ser un extraño fenómeno en nuestra familia. - Respondió Sarah prestamente. – En cada generación, alguien tiene siete hijas.

Alarmado, Damon se apoyó en su bastón y estudió cada grupo de caras.

- ¿Una de las siete chicas siempre tiene siete hijas? ¿A propósito?

Sarah rió y dobló la esquina para unirse a él ante de la pared de fotografías.

- En cada generación.

Él miró de la cara de ella a las de las siete hermanas de una foto casi en el centro de la pared.

- ¿Quién transmite la vena de locura?

- Buena pregunta. A nadie se le ha ocurrido preguntarlo antes. Mi hermana Elle es la séptima hija así que hereda el manto de responsabilidad. O locura, si lo prefiere. - Sarah señaló a una chica con una cara juvenil, vívidos ojos verdes, y una rica mata de pelo rojo recogido cuidadosamente en una cola de caballo.

- ¿Y dónde está la pobre Elle ahora mismo? - Preguntó Damon.

Sarah inhaló, después dejó que su aliento escapara lentamente, sus largas pestañas bajaron. Al momento su cara quedó en reposo. Parecía tranquila, radiante. Observarla provocaba algo curioso al corazón de Damon, una curiosa sensación de derretimiento que era completamente aterradora. No podía apartar su mirada fascinada de ella. Extrañamente, solo por un momento, se sintió como si Sarah ya no estuviera en la habitación con él. Como si su cuerpo físico se hubiera separado de su espíritu, permitiéndola viajar a través del tiempo y el espacio. Damon se sacudió sí mismo, intentando deshacerse de la alocada impresión. Él no era una persona imaginativa, pero estaba seguro de que Sarah de algún modo había tocado a su hermana Elle.

- Elle está en una caverna de gemas, profundamente bajo tierra donde puede oír el latido del corazón de la tierra. - Sarah abrió los ojos y le miró. - Soy Sarah Drake.

- Damon Wilder. - Hizo un gesto hacia su casa. - Tu nuevo vecino. - Estaba mirándola fijamente, bebiendo de ella. No tenía sentido. Estaba seguro de que ella no era la mujer más guapa del mundo pero su corazón y sus pulmones insistían en que lo era. Sarah era de estatura media, con una figura femenina. Vestía unos vaqueros azules gastados y descoloridos y una camisa a cuadros de franela. Ciertamente no era nada glamurosa, pero sus pulmones ardían buscando aire y el corazón le latía acelerado. Su cuerpo se endurecía dolorosamente cuando ella ni siquiera estaba intentando ser una sirena sexy, simplemente estaba allí con sus ropas cómodas y su espeso pelo oscuro echado hacia atrás dejando despejada su cara pálida. Era la cosa más indignante y humillante que había tenido el infortunio de soportar.

- Ha comprado la vieja casa Hanover. La vista es fantástica. ¿Cómo es que encontró nuestro pequeño pueblo? - Su atenta mirada azul era directa y mucho más que evaluadora. - ¿Parece un hombre que se sentiría mucho más cómodo en una gran ciudad.

El puño de Damon se apretó sobre su bastón. Sarah pudo ver que sus nudillos estaban blancos.

- Lo vi en un mapa y simplemente supe que este era el lugar en el que quería vivir cuando me retirara.

Ella estudió su cara, las líneas de sufrimiento grabadas en ella, los ojos demasiado viejos. Estaba rodeado por la marca de la Muerte, y había leído la Muerte en el cielo de medianoche, pero se sentía extrañamente atraída por él.

Sus cejas se alzaron en un arco perfecto.

- Yo habría pensado que es un poco joven para estar retirado. No hay mucha excitación por aquí.

- Tendré que estar en desacuerdo con eso. ¿Se ha dejado caer por la tienda de comestibles últimamente? Inez proporciona un asombroso entretenimiento. - Había gran cantidad de sarcasmo mezclado con desprecio en su voz.

Sara se volvió alejándose de él, con los hombros visiblemente rígidos.

- ¿Ya conoce lo suficiente a Inez como para haberse formado una opinión de ella en el mes que lleva viviendo aquí? - Sonaba entre dulce e interesada pero él tenía la sensación de acabar de pisarla con fuerza en los dedos de los pies.

Damon cojeó tras ella como un perrito faldero, intentado no mascullar maldiciones en voz baja. Nunca le había importado lo que la gente pensaba. Todo el mundo tenía opiniones y pocos en realidad las habían educado. ¿Por qué demonios le importaba la opinión de Sarah? ¿Y por qué sus caderas tenía que balancearse con tan hipnotizadora invitación?

La cocina estaba alicatada con el mismo azul de medianoche que había formado el cielo del mosaico. Un gran fila de ventanas daban hacia el exterior sobre el jardín de flores y hierbas. Podía ver una fuente de tres chorros en medio del patio. Sarah hizo un ademán hacia la mesa mientras preparaba el té. Damon no podía ver ni una mota de polvo o suciedad en ningún lugar de la casa.

- ¿Cuándo llegaste?

- Anoche ya tarde. Es maravilloso estar en casa de nuevo. Han pasado un par de años desde mi última visita. Mis padres están en Europa en este momento. Tienen varias casas y adoran Italia. Mi abuela está con ellos, así que la casa del acantilado ha estado vacía.

- ¿Esta es la casa de tus padres? - Cuando ella sacudió la cabeza con su ligera y misteriosa sonrisa él preguntó. - ¿Eres la propietaria de esta casa?

- Con mis hermanas. Nos fue entregada a través de nuestra madre. - Sirvió una humeante taza de té y la colocó sobre la mesa junto a la mano de él. - Creo que te gustará esto. Es calmante y ayudará a amortiguar el dolor.

- No dije que me estuviera doliendo. - Damon podía haberse dado una patada. Incluso a sus propios oídos sonaba ridículo, un crío desafiante negando la verdad. - Gracias. - Se las arregló para mascullar, intentando oler el té sin ofenderla.

Sara se sentó frente a él, acunando una taza de té entre las palmas de sus manos.

- ¿En qué puedo ayudarte, señor Wilder?

- Llámame Damon. - Dijo él.

- Damon entonces. - Reconoció ella con una pequeña sonrisa. - Yo soy sólo Sarah.

Damon pudo sentir su mirada penetrante.

- Estoy muy interesado en tu casa, Sarah. La pintura no pierde color o se desconcha, ni siquiera a causa del salitre. Esperaba que me dijeras que barniz utilizas.

Sarah se recostó hacia atrás en su silla, llevándose la taza de té hasta la boca. Tenía una hermosa boca. Amplia, llena y curvada como si se riera todo el tiempo. O invitara a ser besada. La idea llegó inesperada mientras miraba fijamente su boca. Pura tentación. Damon sintió el peso de la mirada de ella. El color empezó a extenderse hasta su nuca.

- Ya veo. Saliste tarde en la noche incluso a pesar de estar dolorido porque ansiabas saber que clase de barniz utilizo en mi casa. Eso ciertamente tiene perfecto sentido.

No había diversión en su voz, ni siquiera un indicio de sarcasmo, pero el sonrojo se extendió por la cara de Damon. Los ojos de ella veían demasiado, veían en su interior donde él no quería ser visto, donde no podía afrontar ser visto. Deseó apartar la vista pero no podía apartar su mirada de la de ella.

- Cuéntame por que estás realmente aquí. - Su voz era suave, invitando a la confianza.

Él se pasó ambas manos por el pelo con frustración.

- Honestamente no lo sé. Lamento haber invadido tu privacidad. - Pero no lo lamentaba. Era una mentira y ambos lo sabían.

Ella tomó otro sorbo de té y gesticuló hacia la taza de Damon.

- Bébe. Es una mezcla especial que he hecho yo misma. Creo que te gustará y sé que te hará sentir mejor. - Sonrió hacia él - Puedo prometerte que no hay ninguna rana u ojo de tritón en ella.

La sonrisa de Sarah le robó el aliento inmediatamente. Era una cosa extraña sentir un nudo en las entrañas tan apretado que le sacaba el aire de los pulmones solo a causa de una simple sonrisa. Esperó varios latidos de corazón hasta que se recobró lo suficiente como para hablar.

- ¿Por qué crees que necesito sentirme mejor. - Preguntó, luchando por parecer indiferente.

- No tengo que ser vidente para eso, Damon. Cojeas. Hay líneas blancas alrededor de tu boca y te tiembla la pierna.

Damon se llevó la taza a la boca, tomando un cauteloso sorbo del brebaje. El sabor era único.

- Me atacaron no hace mucho. - Las palabras surgieron antes de poder detenerlas. Horrorizado, miró al interior de la taza de té, temiendo que el brebaje fuera un suero de la verdad.

Sarah colocó su taza cuidadosamente sobre la mesa.

- ¿Una persona te atacó?

- Bueno, no era un alienígena. - Tomó un trago de té. El calor le calentó, propagándose a través de su cuerpo para alcanzar lugares lastimados y doloridos.

- ¿Por qué querría un hombre matar a otro? - Murmuró Sarah en voz alta. - Nunca lo he entendido. El dinero es una razón bastante tonta en realidad.

- La mayoría de la gente no piensa así. Se frotó la cabeza como si doliera, o quizás a causa de un recuerdo. - La gente mata por todo tipo de razones, Sarah.

- Que terrible para ti. Espero que le cogieran.

Antes de poder detenerse a sí mismo, Damon negó con la cabeza. La

vívida mirada de ella se posó sobre su cara, viendo de nuevo en su interior hasta que quiso maldecir.

- Pude escapar, pero mi ayudante... - Se detuvo, corrigiéndose a sí mismo - ... mi amigo no tuvo tanta suerte.

- Oh, Damon, lo siento tanto.

- No quiero pensar en ello. - No podía. Era demasiado reciente, demasiado crudo. Todavía en sus pesadillas, todavía en su corazón y su alma. Podía oír los ecos de los gritos. Podía ver la súplica en los ojos de Dan Treadway. Llevaría la imagen de su muerte, para siempre grabada en el cerebro. Al momento el dolor fue demasiado para ser soportado. Lloró por dentro, su pecho ardía, la garganta se le cerraba a causa de la culpa.

Sarah se extendió sobre la mesa para colocar la yema de los dedos sobre la cabeza de él. El gesto pareció natural, casual incluso, y su toque tan ligero que apenas lo sintió. Aunque Damon sintió los resultados como estrellas fugaces atravesándole el cerebro. Diminutos impulsos eléctricos que estallaron latiendo en sus sienes y en su nuca.

Cogió la muñecas de Sarah, alejando sus manos de él. Estaba temblando y ella podía sentirlo.

- No, no hagas eso. - La soltó inmediatamente.

- Lo siento, debería haber preguntado primero. - Dijo Sarah. - Solo estaba intentando ayudarte. ¿Quieres que te lleve a casa? Está realmente oscuro ahí afuera y no sería seguro intentar bajar la colina sin la luz adecuada.

- Así que debo tomarme el asunto del barniz como un oscuro secreto de familia. - Dijo Damon, intentando aligerar la situación. Vació la taza de té y se puso en pie. - Si, gracias, no me importaría que me dieras una vuelta. - Era duro para su ego tener que aceptarlo pero no era un completo estúpido. ¿Podría haberse comportado más como un idiota?

La suave risa de Sarah le sobresaltó.

- En realidad no sé si el barniz es un secreto familiar o no. Tendré que llevar a cabo una pequeña investigación sobre el tema y ya te informaré.

Damon no pudo evitar sonreír simplemente porque era ella. Había algo contagioso en la risa de Sarah, algo adictivo en su personalidad.

- Sabes que cuando llegaste a casa, el viento realmente susurraba, "Sarah ha vuelto, Sarah está en casa". Yo mismo lo oí. - Las palabras escaparon, casi un tributo.

Ella no se rió de él como esperaba. Pareció complacida.

- Que cosa más hermosa para decir a alguien. Gracias, Damon. - Dijo sinceramente. - ¿De verdad estaba abierta la verja? ¿La verja delantera con todas esas tallas? ¿No la verja lateral?

- Si, estaba abierta de par en par dándome la bienvenida. Al menos fue así como lo sentí.

Los ojos azul de mar de Sarah vagaron por su cara, tomando nota de cada detalle, de cada línea. Él sabía que no había mucho que mirar. Un hombre en los cuarenta, apaleado y marcado por la vida. Las cicatrices no se mostraban físicamente pero eran profundas y ella podría ver claramente el tormento del hombre.

- Que interesante. Creo que estamos destinados a ser amigos, Damon. - Su

voz le envolvió en seda y calor.

Damon podía ver por qué la gente del pueblo pronunciaba su nombre con temor. Con respeto. Misteriosa Sarah. Parecía tan abierta, pero sus ojos ocultaban mil secretos. Había música en su voz y consuelo en sus manos.

- Me alegra que hayas vuelto a casa, Sarah. - Dijo él, esperando no estar quedando aún más como un tonto.

- A mí también. - Respondió ella.

- ¡SARAH! - HANNAH DRAKE se lanzó a los brazos de su hermana. - Me alegro tanto de verte. Te he echado tanto de menos. - Se retiró, extendiendo los brazos en toda su longitud, para examinar mejor a Sarah. - Sarah, por qué pareces un ladrón, dispuesto a robar el museo local. No tenía ni idea de que las pinturas de Frank Warner se hubieran revalorizado tanto. - Se rió alegremente de su propia broma.

La suave risa de Sarah se fundió con la de Hannah.

- Debería haber sabido que entrarías a hurtadillas a las dos de la madrugada. Es tan propio de ti, Hannah. ¿Dónde estabas esta vez?

- Egipto. Es un país absolutamente maravilloso. - Hannah se sentó en el balancín del porche cansadamente. - Pero estoy agotada. He estado viajando desde siempre para volver a casa. - Evaluó la vestimenta completamente negra de Sarah con un ligero ceño. - Interesante juego de herramientas el que llevas ahí, hermana mía. No voy a tener sacarte bajo fianza de la cárcel, ¿verdad? Estoy realmente cansada y si la policía llama, podría no despertarme.

Sarah se ajustó el cinturón de pequeñas herramientas en la cintura sin rastro de vergüenza.

- Si no puedo hechizar a un oficial de policía para librarme de un pequeño allanamiento de morada, no merezco llamarme Drake. Entra, Hannah, y vete a la cama. Estoy preocupada por nuestro vecino y solo voy a darme una vuelta y asegurarme de que no le ocurre nada.

Las cejas de Hannah se arquearon.

- Dios míos, Sarah. ¿Un hombre? ¿Hay un hombre como dios manda en tu vida? ¿Dónde está? Quiero ir contigo. - Aplaudió con la cara radiante. - Espera a que se lo cuenta a las otras. ¡La poderosa Sarah ha caído!

- No he caído... no empieces, Hannah. Solo tengo una de mis corazonadas y voy a comprobarlo. No tiene nada que ver con Damon en absoluto.

- Oohh, esto se pone realmente interesante. Damon. Recuerdas su nombre. ¿Cómo le conociste? Escúpelos, Sarah. ¡hasta el último detalle!

- No hay nada que escupir. Solo vino a preguntar sobre pintura y barnices de madera. - El tono de Sarah fue frío y monótono.

- ¿Quieres que me crea que vino por su propia cuenta sin ser invitado? Tienes que haberle invitado a la casa.

- No, no lo hice. - Negó Sarah. - De hecho la verja estaba abierta y los perros le dejaron entrar.

- ¿La verja estaba abierta? - Hannah parecía incrédula. Saltó sobre sus pies. - ¡Ahora si que voy a ir contigo!

- No, no vendrás, estás exhausta, ¿recuerdas?

- Espera a que cuente a las otras que la verja se abrió para él. - Hannah alzó los brazos hacia los cielos y las estrellas. - La verja se abre para el hombre correcto, ¿no? ¿No es así como funciona? La puerta se abrirá en bienvenida para el hombre que está destinado a convertirse en el amor de su vida para la hija mayor.

- Yo no creo en esa tontería y lo sabes. - Sarah intentó fingirse enfadada pero se encontró riendo. - No puedo creer que siquiera creas en esa vieja profecía.

- Como si tu misma no la creyeras. - Se burló Hannah. - Simplemente vas a hacer una visita amistosa al vecino en medio de la noche y darte una vuelta por su casa. Si tú lo dices, por supuesto me lo creeré. ¿Está ese telescopio de las almenas dirigido hacia su dormitorio?

- No te atrevas a mirar. - Ordenó Sarah.

Hannah estudió su cara.

- Tú te estás riendo pero tus ojos no. ¿Algo va mal, Sarah? – Posó la mano sobre el hombro de su hermana. - Cuéntame.

Sarah frunció el ceño.

- Lleva con él la muerte. La he visto. Y la leyó en el mosaico. No sé quién morirá, pero me siento atraída hacia él. Su corazón está roto y atravesado, y el peso de cargar la muerte está aplastándole lentamente. Vio un halo rojo alrededor de la luna.

- Violencia y muerte rodeándole. - Dijo Hannah suavemente, casi para sí misma. - ¿Por qué vas sola?

- Tengo que hacerlo. Siento... - Sarah buscó la palabra correcta. - Atracción. Es más que un trabajo, Hannah. Es él.

- Él podría ser peligroso.

- Está rodeado de peligro, pero no es peligroso para mí, no como tú piensas.

- Oh, demonios, realmente te gusta ese tipo. Crees que está buenísimo. ¡Voy a contárselo a las otras y subir a las almenas para echarle un vistazo! - Hannah se volvió y entró corriendo en la casa, cerrando de golpe la puerta de tela metálica para que Sarah no pudiera seguirla.

Sarah rió mientras soplab a un beso a su hermana y empezaba a bajar las escaleras. Hannah parecía maravillosa como siempre. Alta, bronceada y hermosa incluso después de viajar cruzando el mar. Si su pelo ondulado estaba despeinado, solo parecía a la moda. Otras mujeres pagaban fortunas para intentar conseguir su estilo natural de “alborotado por el viento”. Sarah siempre había estado desacostumbradamente orgullosa de la genuina elegancia de Hannah. Tenía un espíritu brillante que brillaba como las estrellas en lo alto. Hannah tenía un espíritu libre que adoraba los espacios abiertos y las maravillas del mundo. Hablaba varios idiomas y viajaba mucho. Un mes la podrías encontrar en las páginas de una revista con la jet-set, y al siguiente en un tugurio del El Cairo. Su cuerpo alto y esbelto y su cara increíblemente hermosa la hacían la más buscada por todas las revistas y los diseñadores de moda. Era su personalidad amable lo que siempre atraía a la gente hacia ella. Sarah se alegraba de que estuviera en casa.

Sarah dejó escapar un pequeño sonido mientras se abría paso por el pequeño camino que cortaba a través de su propiedad hasta la de Damon Wilder. Conocía cada centímetro de su propiedad. Y conocía cada centímetro de la de él. Su pelo estaba firmemente trenzado para evitar que se enredara en las ramas bajas o los matorrales. Sus pies suavemente calzados eran ligeros, permitiéndole sentir su camino sobre ramas y hojas caídas. No estaba pensando en los hombros amplios de Damon o sus oscuros y atormentados ojos. Y no creía en el romance. No para Sarah. Eso era para la elegante Hannah o la hermosa Joley. Bueno, quizás no para la hermosa y salvaje Joley pero definitivamente para la mayor parte



de sus otras hermanas. Pero no para Sarah.

Damon Wilder estaba en problemas en más formas de lo que él mismo imaginaba. A Sarah no le gustaban las complicaciones. Profecías ancestrales, hombros amplios y auras negras eran definitivamente complicaciones. La luz de la luna se derramaba sobre el mar mientras se abría paso a lo largo de los acantilados, siguiendo el estrecho sendero que eventualmente acabaría en la parte trasera de la propiedad de Damon. Las poderosas olas chocaban mientras se apresuraban, cedían y colapsaban en una espuma blanca. Sara encontraba el sonido del mar consolador, incluso cuando rabiaba con una tormenta. Este era el lugar al que pertenecía, al que siempre había pertenecido, como su familia antes que ella. No temía al mar o el salvajismo del campo, aunque su corazón estaba palpitando con repentina alarma. Palpitando con absoluto conocimiento.

No estaba sola en la noche. Instintivamente agachó el cuerpo para que su silueta no se recortara contra el horizonte. Puso más cuidado, fundiéndose entre las sombras, utilizando el follaje para cubrirse. Se movió con sigilo. Estaba acostumbrada al secretismo, una profesional altamente entrenada. No hubo ruido de ramas deslizándose contra su ropa ajustada y sus pies con calzado de suela ligera fueron suaves sobre el suelo.

Sarah se abrió paso hasta las cercanías de la casa. Lo sabía todo sobre Damon Wilder. Era uno de los hombres más inteligentes del planeta. Un tesoro nacional. El genio que había ideado el sistema de defensa más innovador nunca concebido. Sus ideas eran puro genio, muy adelantadas a su tiempo. Era un hombre centrado y estable. Un perfeccionista que nunca pasaba por alto el más mínimo detalle.

Cuando había leído a cerca de él, antes de aceptar su trabajo de perro guardián, Sarah había quedado impresionada por la pura tenacidad de su carácter. Ahora que le había conocido, se lamentaba por el hombre, por el horror de lo que había pasado. Nunca permitía que su trabajo se convirtiera en algo personal, pero no podía dejar de pensar en sus ojos y el tormento que podía ver en sus oscuras profundidades. Y no podía evitar preguntarse por qué la Muerte se había encariñado con él y le aferraba con sus ávidas garras.

Sarah raramente aceptaba un trabajo semejante, pero sabía que su cuartada no podía haber sido más perfecta. Ni hecha aposta. Eso le provocó un leve revoloteo de aprensión. Destino, carma, era una fuerza a ser tomada en cuenta por su familia y ella se las había arreglado para evitarla cuidadosamente durante años. Damon Wilder había escogido su pueblo natal para establecerse. ¿Qué significaba eso? Sarah no creía en semejantes coincidencias.

No tenía tiempo para rodear la casa o comprobar la carretera de la costa. Mientras se aproximaba al lateral de la casa que daba hacia su propia casa, oyó una maldición amortiguada que llegaba desde su izquierda. Sarah avanzó centímetro a centímetro en esa dirección, dejándose caer sobre la barriga, yaciendo entre las oscuras sombras de los árboles. Alzó la cabeza cautelosamente, solo sus ojos se movían inquietamente, continuamente, examinando el paisaje. Le llevó unos momentos localizar a sus adversarios. Pudo divisar dos hombres a no más de cuarenta pies de ella, cuesta abajo, justo en medio de los más densos arbustos. Sarah tuvo la urgencia de sonreír. Esperaba por su bien que no llevaran sus collares antipulgas.

Tendido entre los arbustos, comenzó un lento e intrincado patrón con las manos, una danza fluida de dedos mientras las hojas se estremecían y las ramas comenzaban a moverse como si tuvieran vida propia.

Diminutas y silenciosas criaturas llovieron desde las ramas en lo alto, cayendo de las hojas, y puniendo en pie en tierra para migrar colina abajo hacia los espesos arbustos.

Sara sabía que la ventana iluminaba en la casa de Damon era un dormitorio. Si el telescopio colocado en las almenas de su casa parecía estar apuntado en esa dirección, era sólo porque era la última habitación que había investigado. Solo que ocurría que ese era el dormitorio de Damon, una absoluta coincidencia. Sara volvió la mirada hacia su propia casa pasando por alto las olas latentes, súbitamente preocupada por que Hannah pudiera estar con el ojo pegado a la lente.

Siseó suavemente, melodiosamente, una nota casi silenciosa que ordenó al viento cargarla y llevarla por el cielo hacia el mar, hacia la casa del acantilado. El roce de tela contra madera y hojas atrajo su inmediata atención. Observó a uno de los hombres arrastrarse apresuradamente como un cangrejo bajando la colina hacia la casa de Damon. Se agachó justo bajo la ventana iluminada, después cautelosamente levantó la cabeza para mirar dentro.

La ventana permanecía abierta unos pocos centímetros para permitir la entrada al aire del océano. La brisa soplaba las cortinas de encaje hacia adentro haciéndolas ejecutar una extraña danza macabra. Con las cortinas ondeantes era casi imposible conseguir una vista clara del interior.

El hombre se enderezó a medias, aplastando su cuerpo contra la pared, estiró el cuello para espiar dentro.

Sara podía divisar a un segundo hombre yaciendo apostado, con un rifle dirigido hacia la ventana. Se abrió paso poco a poco a través de la hierba baja, moviéndose con el viento mientras este soplaba sobre la tierra. Sin sobresaltarse nunca, el arma firme como una roca. Un intento, después de todo; lo había esperado pero tenía la esperanza de que fuera de otra manera. Podía ver los diminutos insectos abriéndose paso hasta el interior de las ropas del hombre.

Sobre su cabeza las nubes se arremolinaban alejándose de la luna, amenazando con exponerla completamente. Se arrastró abriéndose paso a través de hierba y matorrales, ganando unos pocos pies más. Sarah sacó el arma de la pistolera de su hombro.

Oyendo un ligero ruido en el interior de la habitación, el asaltante de la ventana alzó la mano en advertencia. Espió a través de la ventana e intentó localizar a Damon. Un golpe seco sonó fuerte cuando en bastón de Damon aterrizó sólidamente sobre su mandíbula. Al momento el hombre gritó, el lamento agudo reverberó a través de la noche. Cayó hacia atrás sobre la hierba, agarrándose la cara, rodando y contorsionándose de dolor.

Sarah mantuvo la mirada fija en su compañero del rifle, que esperaba a que Damon se expusiera en la ventana. Damon era demasiado listo para hacer algo tan estúpido. Las cortinas continuaban su macabra danza pero nada más se movía en la noche. Los gemidos continuaban bajo la ventana pero el asaltante no se ponía en pie.

El hombre del rifle se arrastró hacia adelante, deslizándose sobre la hierba

húmeda de forma que cuando rodaba, protegía su rifle. Ese era el desliz que Sarah estaba esperando. Estuvo sobre él inmediatamente, presionándole el arma contra la nuca.

- Le sugiero que se quede muy quieto. - Dijo ella suavemente. - Está entrando en una propiedad privada y por aquí no nos gustan esa clase de cosas. - Mientras hablaba, mantenía un ojo cauto sobre el hombre de la ventana. Levantó la voz. - ¿Damon, has llamado al sheriff? Tienes un par de visitantes nocturnos aquí afuera que pueden necesitar un lugar donde alojarse unos días y he oído que la cárcel está vacía esta noche.

- ¿Eres tú, Sarah?

- Estaba dando un pequeño paseo y vi un rifle de larga distancia tirado por ahí en el suelo. - Pateó el rifle sacándolo de las manos del hombre capturado. - Es una auténtica preciosidad; simplemente no podía dejar pasar la oportunidad de echarle un buen vistazo. - había un dejo de risa en su voz, pero el cañón de su arma permaneció muy firmemente presionado contra el cuello de su cautivo. - Deberías quedarte justo ahí, Damon. Hay dos hombres aquí fuera y parecen un poco agraviados. - Se inclinó acercándose al hombre que estaba en el suelo, pero mantuvo los ojos en su compañero de la ventana. - Podrías querer comprobarlo tú mismo en cuanto estés en la cárcel. Probablemente estás plagado de garrapatas. Asquerosos bichejos, se entierran, beben tu sangre, y te pasan todo tipo de cosas interesantes, empezando con la enfermedad de Lyme. Ese arbusto en el que estabas escondido está lleno de ellas.

Su corazón todavía palpitaba fuera de ritmo en advertencia. Entonces lo supo. Sarah se precipitó a su derecha, rodando para alejarse, incluso mientras oído el zumbido de balas pasaba a su lado y golpeaba la tierra. Por supuesto que tenía que haber un tercer hombre, un conductor esperando en la oscuridad arriba en la carretera. Había sido incapaz de explorar el terreno apropiadamente. Tenía perfecto sentido que tuvieran un conductor, un refuerzo por si hacía falta.

El hombre cercano a ella se levantó y se le lanzó encima, luchando por arrebatarse el arma. Sarah se las arregló para doblar una pierna contra su estómago y lanzarle sobre su cabeza. Sintió una punzada en el lóbulo de la oreja cuando su pendiente, enredado en la camisa del hombre, le fue arrancado. Él maldijo viciosamente mientras se levantaba y corría alejándose de ella hacia la carretera. El que estaba cerca de la casa ya estaba en movimiento, tambaleándose colina arriba, todavía sujetándose la mandíbula con las manos. El conductor le cubría, manteniéndola a raya con una ráfaga de balas. El silenciador indicaba que los hombres no ardían en deseos de anunciar su presencia a la gente del pueblo.

- ¿Sarah? ¿Estás bien? - Llamó Damon ansiosamente. Incluso con el silenciador, no pudo dejar de oír el revelador quejido de las balas.

- Si. - Estaba enfadada consigo mismo. Podía oír el motor del coche volviendo a la vida, las ruedas derrapando en la tierra durante un momento antes de conseguir agarre y que el vehículo corriera alejándose por la carretera de la costa. - Lo siento, Damon, les he dejado escapar.

- ¡Que lo sientes! Podías haber hecho que te mataran, Sarah. Y no, no he llamado al sheriff. Tenía la esperanza de que fueran los chicos del vecindario haciendo travesuras.

- Y yo que te tomaba por un hombre tan brillante. - Su burló ella, levantándose hasta sentarse y quitándose ramitas del pelo. Se tocó la oreja punzante, quedándose con sangre en los dedos. Además eran sus pendientes favoritos.

Las cortinas susurraron y Damon sacó la cabeza por la ventana.

- Vamos a seguir intercambiando gritos o vas a entrar aquí a hablar conmigo. - Había más demanda que pregunta en su voz.

Sarah rió suavemente.

- ¿Crees que es buena idea? ¿Te puedes imaginar lo que diría Inez si supiera que te visito en medio de la noche? - Se extendió para tomar el rifle, cuidando de recogerlo utilizando un pañuelo. - Te preguntaría cuales son tus intenciones. Tendrías que negar que tuvieras alguna. Se extendería el rumor de que me has arruinado y me compadecerían. No podría con eso. Será mejor que simplemente me vuelva a casa tranquilamente.

Damon se inclinó aún más fuera de la ventana.

- Demonios, Sarah, no estoy bromeando. Podrían haberte matado. ¿Entiendes eso? Esos hombres son peligrosos y tú estás dando un pequeño paseo a la luz de la luna y jugando a policía de barrio. - Su voz fue más dura de lo que pretendía, pero ella le había asustado a muerte. Se pasó una mano sobre la cara, sintiéndose enfermo ante la idea de que ella estuviera en peligro.

- No estaba en ningún peligro, Damon. - Le reconfortó Sarah. - Este rifle, por si te interesa, está cargado con tranquilizantes, no con balas. Al menos no estaban intentando matarte, te querían vivo.

Él suspiró. Estaba justo ahí sentada en el suelo con la plateada luz de la luna derramándose sobre ella. El rifle estaba tendido sobre sus rodillas y le sonreía. La sonrisa de Sarah era suficiente como para parar el corazón de un hombre. Damon echó una buena mirada a las ropas de ella, al arma que todavía tenía en la mano. Se puso rígido, maldijo suavemente.

- Maldita sea, Drake. ¡Debería haber sabido que era demasiado bueno para ser cierto!

- ¿Te creías todas las historias sobre mí, después de todo, Damon? - Preguntó ella. Pero el temor empezaba a invadirla incluso a pesar de que no debería haberle importado lo que pensara de ella. O lo que sabía de ella. Tenía un trabajo. No debería importar, pero sentía el peso en su pecho, como una piedra. Sintió un repentino terror arañando en su estómago ante la pérdida de algo especial antes siquiera de que hubiera empezado.

- ¿Quién te envía, Sarah? Y no me mientas. ¿Para quién trabajas?

- ¿De veras pensaste que iban a dejar que te largaras sin ninguna clase de protección después de lo ocurrido, Damon? - Sarah mantuvo la simpatía en su voz, sabiendo que eso solo le enfurecería más aún.

Él maldijo amargamente.

- Les dije que no iba a ser responsable de otra muerte. Sal de mi propiedad, Sarah, y no vuelvas. - Algo profundo en su interior se sentía inesperadamente herido de muerte. Sólo acababa de conocerla. La esperanza no se había siquiera desarrollado completamente, sólo en su corazón, no en su mente, pero aún así lo sentía. Era una traición y su Sarah, la misteriosa Sarah con su hermosa sonrisa y sus ojos mentirosos, le había destrozado antes siquiera de habérselas arreglado

para encontrarse a sí mismo.

- Puedo asegurarle, señor Wilder, que a pesar del hecho de ser una mujer, soy muy capaz de hacer mi trabajo. - Deliberadamente intentó volver a enfocar la discusión, introduciendo una nota ultrajada en su tono.

- No me importa lo buena que seas en tu maldito trabajo o en cualquier otra cosa. Sal de mi propiedad antes de que llame al sheriff y tenga que arrestarte por allanar una propiedad privada. - Damon cerró de golpe la ventana con terrible rotundidad. La luz se apagó como si de algún modo eso cortara toda comunicación entre ellos.

Sarah se sentó en el suelo y miró fijamente hacia la ventana oscurecida con el corazón apesadumbrado. El mar se ondulaba y estallaba con incesante firmeza. El viento le tiraba del pelo y las nubes se arremolinaron sobre su cabeza. Dobló las rodillas y contemplo el hecho de que esas viejas profecías nunca debieran pasar de generación en generación. Así, una nunca tendría posibilidad de desilusionarse.

SARAH NO SE MOLESTÓ en golpear cortésmente la puerta cerrada. Damon Wilder estaba herido y enfadado y en realidad no le culpaba. Ella estaba casi tan confusa como él. Maldición o vieja profecía eso insistía en poder sus vidas patas arriba. Si hubieran sido dos personas que se conocieran casualmente todo habría ido bien. Pero no, la verja había tenido que abrirse en bienvenida. No era culpa de ninguno de los dos, ¿pero como iba a explicar una predicción de doscientos años de antigüedad? ¿Como iba a contarle que su familia provenía de una largo linaje de mujeres poderosas que extraían su poder del universo que las rodeaba y que esas profecías de varios cientos de años siempre se hacían realidad?

Sarah hizo lo único que cualquier mujer que se respetara a sí misma habría hecho en medio de la noche. Sacó su pequeño juego de herramientas y forzó la puerta delantera que estaba cerrada. Tomó nota mental de instalar un sistema de seguridad decente en la casa y sermonearle sobre que comprara al menos un buen cerrojo en el proceso.

Cuando era niña había jugado con frecuencia en esla casa y conocía la distribución casi tan bien como conocía la de la suya propia. Se movió velozmente a través del salón. Vio muy poco mobiliario aunque Damon se había mudado más de un mes antes. Ningún cuadro en la pared, nada que indicara que esto era un hogar, no solo un lugar temporal en el que vivir.

Damon estaba tendido en su cama mirando hacia el techo. Había empezado a recapacitar, pero había demasiado miedo para soportarlo. Sarah casi se había metido en medio de una emboscada. No importaba que hubiera sido enviada para ser su perro guardián, podrían haberla matado. No soportaba pensar en ello. Sarah. Rodeada de misterio. ¿Cómo podía haberse encaprichado con una mujer tan rápidamente cuando rara vez se fijaba en nadie? Si cerraba los ojos podía verla. Había una suavidad a su alrededor, una feminidad que le atraía a todos los niveles. Probablemente ella se reiría si supiera que había sido tan poco razonable y totalmente alocado como para desear protegerla.

Damon dejó escapar otro callado juramento, sin estar seguro de si podría obligarse a sí mismo a levantarse y marcharse de nuevo. ¿Adónde podría ir? Este era el confín de la tierra y aún así de algún modo le habían encontrado después de todos esos meses. Nadie estaría a salvo a su alrededor.

- ¿Siempre te acuestas en tu cama en medio de la oscuridad y maldices al techo? - Preguntó Sarah tranquilamente. - Porque esto podría convertirse en un auténtico problema en nuestra relación.

Damon abrió los ojos y la miró fijamente. Sarah. Real. En su dormitorio vestida con un traje negro muy ajustado que se le pegaba a cada curva. Se le secó la boca y cada célula de su cuerpo volvió a la vida en reacción.

- Solo me ocurre cuando me han traicionado. No sé, en realidad es un acto reflejo, no parezco capaz de detenerlo.

Sarah miró alrededor buscando una silla, no pudo encontrarla, así que empujó las piernas de él para hacerse sitio sobre la cama.

- La traición puede ser dolorosa. Para ser completamente honesta no la he

experimentado. Mis hermanas me guardan las espaldas, por así decirlo. - Volvió la completa potencia de sus enormes ojos azules sobre él. - ¿Crees que tener amigos que insisten en tu protección es una traición?

Él podía oír la sinceridad en la voz de ella.

- No lo entiendes. - ¿Cómo podía entenderlo? ¿Cómo podía entenderlo alguien? - No tenían derecho a contratarte, Sarah. Dejé mi trabajo, me retiré, si lo quieres rápido y conciso. No tengo ninguna intención de volver de nuevo. Corté todos los lazos con ese trabajo y cada rama del sector militar y privado.

- Intentaste mantener a todos los que te rodean a salvo marchándote. - Fue la declaración de un hecho. Él pensaría que estaba loca si le contaba que llevaba con él la Muerte. - ¿Qué ocurrió, Damon?

- ¿No te han dado un archivo de tres pulgadas de grosor para leer sobre mí antes de enviarte aquí? - Exigió él, intentando retener su cólera con ella.

Sarah simplemente esperó, permitiendo que el silencio se prolongara y estirara entre ellos. Algunas veces el silencio era más elocuente que las palabras. Damon estaba tenso, su cuerpo rígido cerca del de ella. Los dedos de él estaban cerrados en un apretado puño alrededor del cabecero. Sara posó su mano gentilmente sobre la de él.

Podría haber resistido casi cualquier cosa, pero no ese gesto silencioso de camaradería.

Retorcó la mano dándole la vuelta hasta que sus dedos se entrelazaron con los de ella.

- Nos cogieron a cinco manzanas del trabajo. Dan Treadway estaba conmigo. Planeábamos cenar y volver al trabajo. Ambos queríamos ver si podíamos trabajar un poco en un problema menor que habíamos tenido con el proyecto. - Eligió sus palabras cuidadosamente. - Él ya no trabajaba para el gobierno pero su trabajo había sido clasificado. Nos golpearon a ambos y nos dejaron casi inconscientes antes de tirarnos en un maletero. Ni siquiera fingieron querer nuestro dinero. Nos llevaron a un almacén, una vieja fábrica de pintura, y exigieron información sobre un proyecto que simplemente no podíamos darles por seguridad.

Sarah sintió que la mano de él temblaba entre las suyas. Había leído el informe del hospital. Ambos hombres habían sido torturados. Sabía que Damon llevaba las cicatrices de numerosas quemaduras en el torso.

- No pude darles lo que querían y el pobre Dan no tenía ni idea de qué estaban hablando. - Se presionó los dedos sobre los ojos como si la presión pudiera detener el dolor. Detener el recuerdo que nunca le abandonaba. - Él nunca había trabajado en el proyecto sobre el que querían información.

Sarah sabía que a Dan Treadway le habían disparado en la rodilla y después de nuevo en la cabeza, matándole. Damon se había negado a dar información clasificada que podría haber provocado las muertes de varios agentes de campo. Y empecinadamente se había negado a dar información sobre el último sistema de defensa. Damon había provocado un fuego con disolventes de pintura, casi haciendo volar el edificio. En su intento de escapada fue aplastado entre la pared del almacén y la rejilla de un coche, dañando gravemente su cadera y pierna.

- No quiero amigos, Sarah. Nadie pueda arriesgarse a ser mi amigo.

Sarah sabía que él decía la verdad. La Muerte se aferraba y buscaba víctimas. No se lo diría, pero con frecuencia la Muerte quedaba defraudada. En esos casos, exigía un sacrificio antes apaciguarse.

- ¿La compañía sabe quienes son esa gente? - Apuntó Sarah.

La negra mirada de él era tormentosa

- Tú lo sabrías mejor que yo si así fuera. Enemigos de nuestro país. Mercenarios. Demonios, ¿a quién le importa? Quieren algo que mi cerebro concibió, lo suficiente como para matar a un hombre inocente por ello. No quiero que se me ocurra nada más por lo que valga la pena volver a matar. Así que aquí estoy.

- ¿Hablaste con alguien, un médico?

Él rió.

- Por supuesto que sí. La compañía se aseguró de que hablara con uno, especialmente después de que anuncié mi retirada. Había unos pocos cabos sueltos y no querían dejarme marchar. No me importó mucho lo que ellos quisieran. - Volvió la cabeza. Alterado. Especulativo. - ¿Es parte de tu trabajo intentar conseguir que vuelva?

Sarah sacudió la cabeza.

- Yo no digo a la gente qué hacer, Damon. No creo en eso. - Su boca se curvó. - Bueno. - sopesó la aseveración. - Supongo que eso no es del todo cierto. Con excepción de mis hermanas. Ellas esperan que vaya por ahí dándoles órdenes, sin embargo, ya que soy la mayor y soy muy buena dando órdenes.

- ¿Querías volver aquí, Sarah? - El sonido del mar era consolador. Sonaba a hogar.

- Más que nada. Me he sentido atraída por el océano desde hace mucho. Siempre he sabido que volvería a casa y me establecería aquí. Solo que no sabía cuando iba a hacerlo. Damon, tu casa no tiene seguridad de ningún tipo. ¿Se te ha ocurrido que podrían entrar alegremente y secuestrarte de nuevo?

Damon intentó no leer demasiado en la nota preocupada en su voz. Intentar no creer que era una cuestión personal.

- Han pasado meses. Pensé que me dejarían en paz.

Sarah siseó suavemente.

- Incluso mientes con esa cara seria y esos ojos angelicales. Estoy tomando notas. Esa va a guardarse justo con lo de maldecir al techo. Querías que vinieran a por ti, ¿verdad? - Fue una suposición sagaz. No le conocía lo suficiente como para juzgar aún su carácter, pero había leído los archivos a conciencia y cada palabra retrataba a un hombre implacable, tenaz, centrado siempre en sus metas.

- ¿No lo querrías tú? Me obligaron a elegir entre información que es vital para nuestra nación y la vida de mi amigo. Él me miraba cuando le dispararon, Sarah. Nunca olvidaré la forma en que me miraba. - Se frotó las sienes latentes. La visión rondaba sus sueños y le sacaba de un sueño profundo para quedar sentado, con el corazón palpitando, y gritando una negativa a la noche desinteresada.

- ¿Qué clase de plan tienes en mente?

Damon sintió que el estómago se le hacía un nudo. El tono de ella era muy interesado. Esperaba que tuviera un plan. Él tenía reputación de ser un cerebro. Debería tener un plan. Su plan había sido atraer a sus enemigos hasta él y



despacharlos, primero con su bastón y después llamar al sheriff. Dudaba que Sarah se sintiera impresionada.

Ella suspiró.

- Damon, dime que tenías un plan.

- Sólo porque puedas caminar sobre el agua eso no significa que todos los demás puedan. - Masculló él.

- ¿Quién dijo que yo caminaba sobre el agua? - Exigió Sarah, molesta. - Por todos los cielos, solo lo hice una vez y estaba alardeando nada más. Todas mis hermanas pueden hacerlo también.

Él la miró boquiabierto, con los ojos abiertos de sorpresa. Ella mantuvo la cara seria, pero la risa en sus ojos la delató. Damon hizo algo noble e intentó tirarla fuera de la cama. Sarah aterrizó en el suelo, su suave risa le invitaba a unirse a ella.

- Te lo mereces. - Dijo ella. - De veras. Caminar sobre el agua. Eso es nuevo. ¿Dónde lo oíste? Y además te lo creíste.

Damon se giró de lado, apoyándose en un codo para bajar la mirada hacia ella.

- Yo mismo empecé el rumor en la tienda de Inez. Por un minuto pensé que era psíquico.

- Oh, muchas gracias; ahora todos los niños me pedirán que les haga una demostración. La próxima vez que vengas de visita te echaré a los perros.

- ¿Qué te hace pensar que voy a volver a visitarte? - Preguntó él curiosamente.

- Nunca llegué a hablarte del barniz. Eres un hombre persistente. - Apoyó la cabeza contra la cama. - ¿Tienes familia en alguna parte, Damon?

- Fui hijo único. Mis padres murieron hace años, primero mi padre, después mi madre seis meses más. Estaban locos el uno por el otro.

- Qué raro sería eso, crecer solo. Yo he tenido siempre a mis hermanas y no puedo imaginar mi vida sin ellas.

Los dedos de Damon se arrastraron por propia voluntad para encontrar la espesa masa de pelo de ella. Lo llevaba en una trenza apretada, pero se las arregló para frotar las sedosas hebras entre el pulgar y el índice. ¿Cómo demonios se las arreglaba para mantener su pelo tan suave? Misteriosa Sarah. Estaba empezando a pensar en ella como su Sarah.

- ¿Te gustan todas ellas?

Sarah sonrió allí en la oscuridad. Adoraba a sus hermanas. No había duda de ello, pero nadie había pensado nunca en preguntarle si le gustaban.

- Mucho, Damon. A ti también te gustarán. Cada una de ellas es única y dotada a su propio modo. Todas tienen un gran sentido del humor. Reímos mucho en nuestra casa. - Él le estaba tirando del pelo. No dolía, en realidad era una sensación placentera, pero provocaba el revoloteo de pequeñas alas de mariposa en el fondo de su estómago. - ¿Qué estás haciendo?

- Se me ha enganchado el reloj en tu trenza y pensé simplemente en soltarlo. - Respondió él casualmente. Estaba mintiendo y ni siquiera le importaba que fuera una mentira y que ella supiera que era una mentira. Cualquier excusa para ver su pelo suelto como una nube alrededor de su cara.

Sarah rió suavemente.

- ¿Mi trenza? ¿O tu reloj? - Él estaba definitivamente soltándole el pelo de su apretado confinamiento. - Me llevó veinte minutos arreglarme así el pelo. Nunca he sido buena arreglándome el pelo.

- Veinte minutos malgastados. Tienes un pelo precioso. No hay necesidad de ser buena arreglándotelo.

Sarah quedó absurdamente complacida por que él hubiera notado. El pelo era su única llamada a la gloria.

- Gracias. - Se golpeó la rodilla con los dedos, intentando encontrar una forma de conseguir que él estuviera de acuerdo con ella en cuanto a su protección.- Damon, es importante proteger tu casa. Podía instalar por ti un buen sistema de seguridad. Dejaré que el sheriff sepa que tenemos un problema y nos ayudarán.

- ¿Nos? Sarah tú necesitas estar tan lejos de mí como sea posible. - Incluso mientras lo decía, sus manos se enterraban entre la riqueza del pelo de ella, una compulsión desesperada que no podía impedir. Quería sentir esa sedosa suavidad deslizándose sobre su piel.

- Pensaba que se suponía que eras brillante, Damon. ¿No leí en tu archivo que eras uno de los hombres más inteligentes sobre la faz de la tierra? Junto con el asunto de las maldiciones y del pelo, por favor dime que no tienes también estúpida tendencia de machito. Si ese es el caso, voy a tener que estudiar seriamente esa profecía de la verja. Puedo convivir con las otras cosas pero la estupidez podría estar más allá mi paciencia.

Él le tiró del pelo para asegurarse de que le estaba prestando atención.

- ¿Uno de los hombres más inteligentes? ¿Es eso lo que dice eso informe? Debería leer el archivo que te han pasado y acabar con las mentiras flagrantes. Estoy seguro de ser el más inteligente, no uno de los más inteligentes. No tienes que insultarme fingiendo que el informe dice otra cosa. ¿Y qué eso de la profecía de la verja?

Ella pasó por alto la pregunta.

- Ya te hablaré de la historia de los Drake en otro momento, pero ahora mismo, creo que podrías aclarar ese asunto del macho estúpido para mí. - Insistió ella. - Los hombres con cerebro tienden a ser arrogantes pero no deberían ser estúpidos. Soy una experta en seguridad, Damon.

Él suspiró ruidosamente.

- Así que se supone que tengo que decir a mis amigos que mi dama es el músculo en nuestra relación.

- ¿Tenemos una relación? - Incluyó la cabeza para volver la mirada hacia él. - Y seguramente el hombre más inteligente sobre la faz de la tierra tendría un ego lo suficientemente fuerte como para que le pareciera bien que su dama fuera el músculo. Con o sin relación.

- Oh, si no hay relación, dudo que ningún hombre pudiera soportar un golpe tan grande a su ego, Sarah. Necesitamos acudir a un experto en el tema, consultar a un consejero antes de tomar una decisión. Y nunca hace daño buscar una segunda opinión si no nos gusta la primera.

Damon no pudo evitar la sonrisa que se extendió por su cara. Sentaba bien sonreír. Ella había lanzado su vida a una confusión total, pero le hacía sonreír. Le hacía desear reír. Le intrigaba. Lo volvía del revés. Le daba una razón para vivir. Y

el peso que parecía estar aplastando sus hombros y pecho se había aligerado sólo durante unos pocos momentos.

- No tendrás que preocuparte por eso, Damon. Tendremos seis fortísimas y extensas segundas opiniones. Mis hermanas tendrán más que decir de lo que nunca querrás oír sobre el tema. Para el caso, de cualquier tema. No necesitarás un consejero para nada; estarán encantadas de complacerte, absolutamente gratis.

Sarah miró hacia la casa del acantilado a través de la ventana del dormitorio que debería haber tenido las cortinas cerradas. Las cortinas estaban separadas en el medio, echadas a un lado por una mano invisible.

- Sarah. - Había un dolor en la voz de Damon.

Su corazón dio un curioso y pequeño salto en el pecho y volvió la cabeza para mirarle. Su mirada colisionó con la de él. Había hambre en sus ojos. Cruda necesidad. Deseo. Se extendió hacia ella, cogiéndola de la nuca, y lentamente bajó su cabeza hasta la de ella. Se apresuró a tomar su boca. Simplemente se fundieron. Se derritieron.

Podían haber estallado fuegos artificiales en el aire a su alrededor. O quizás fueran las estrellas esparcidas por el cielo, brillando como gemas. El fuego corrió por su piel, un calor se extendió a través de su cuerpo. Él la reclamó. La marcó. E hizo un trabajo concienzudo. Se alimentaron el uno del otro. Perdidos en un deseo humeante. La boca de él era perfecta, ardiente, hambrienta, exigente y posesiva.

Nadie la había besado nunca así. Nunca había pensado que pudiera ser así. Quería quedarse allí mismo toda la noche y besar.

Damon cambió su peso sobre la cama, profundizando el beso. Se estiró sobre el borde, dejándose caer al suelo, tirando de ella para que quedara tendida sobre él. Instantáneamente sus brazos la rodearon y sostuvieron contra su pecho.

Sarah podía sentir la risa que empezaba profundamente dentro de él, donde empezaba dentro de ella. Estaban tendidos en una maraña de brazos y piernas, riendo felizmente. Ella levantó la cabeza para mirarle, para trazar la maravillosa boca con la punta de los dedos.

- Pura magia, Damon. Eso es lo que eres. ¿Esto es lo que ocurre cada vez que besas a una mujer?

- Yo no beso mujeres. - Admitió él, sacudido hasta su mismo centro. Sus dedos peinaban la riqueza del cabello de ella, su espeso y sedoso cabello en el que quería enterrar la cara.

- Bueno, hombres entonces. ¿Ocurre todo el tiempo? Porque francamente es bastante asombroso. Eres realmente asombroso.

La risa fluyó una vez más. Damon la ayudó a sentarse, con la espalda contra la cama. Él se sentó cerca de ella. Ambos miraron por la ventana hacia la casa del acantilado.

- Podría haber jurado que cerré esas cortinas. - Comentó él.

- Probablemente lo hiciste. - Admitió Sarah con un pequeño suspiro. - Son las hermanas. Mis hermanas. Probablemente nos están observando en este mismo momento. Hannah llegó a casa justo antes de que yo saliera y Kate y Abigail llegaron más o menos en el momento en que el conductor me estaba disparando. Puedes saludarlas si te apetece.

- ¿Cómo nos están observando? - Preguntó Damon interesado.

- El telescopio. Yo lo utilizo para estudiar el cielo. - Utilizó su voz más piadosa. - Y algunas veces el océano, pero mi elenco de hermanas está notoria y patéticamente interesado en mis asuntos. Tendré que enseñarles algunos modales. - Ondeó la mano casualmente, murmurando algo que él no pudo captar, pero sonaba ligero, etéreo y melodioso.

Las sombras entraron en la habitación. Se movieron. Las cortinas cimbrearon gentilmente, bloqueando la visión de la luna, la débil luz reflejada por el mar palpitante. Damon parpadeó; en esa fracción de segundo las cortinas se cerraron firmemente sobre la ventana.

- ESTABAS BESANDO a ese hombre. - Acusó alegremente Hannah. - Sarah Drake, serás... Estabas besando a un perfecto desconocido.

Sarah aparentó tanta frialdad como era posible bajo el fuego.

- No sé que crees que viste con el ojo pegado a la lente del telescopio, ¡pero ciertamente eso no! Deberías avergonzarte de tí misma espiando de ese modo. Y utilizando... - las palabras se desvanecieron para convertirse en un movimiento en el aire de sus dedos, mirando a sus tres hermanas mientras lo hacía. - Abrir las cortinas de un dormitorio privado está absolutamente fuera de los límites, los cuales todas acordamos cuando establecimos las reglas.

- Hay excepciones a las reglas. - Señaló Kate tímidamente. Estaba acurrucada en una silla de madera de respaldo recto ante la mesa, con las rodillas recogidas, y una amplia y cautivadora sonrisa en su cara mientras se pintaba las uñas de los pies.

- ¿Qué excepciones? - Exigió Sarah, con las manos en las caderas.

Kate se encogió de hombros y se sopló las uñas antes de responder.

- Cuando nuestra hermana se queda colgada con un hombre que tiene un aura negra a su alrededor. - Levantó la cabeza para mirar a Sarah, su mirada era seria. - Eso es muy peligroso y lo sabes. No puedes jugar con la Muerte. Ni siquiera tú, Sarah.

Sarah se volvió para mirar a Hannah. No quería hablar de ello, o siquiera nombrar a la Muerte por temor a que si le daba sustancia incrementaría su poder, así que permaneció en silencio. Hannah sacudió la cabeza.

- No fui yo la que se fue de la lengua. Dejaste las hojas de té en la taza y estaban allí para que cualquiera las leyera.

- Aun así no teníais derecho a ir contra las reglas sin una votación. - Sarah estaba medianamente segura de que perdería la discusión, pero no iba a rendirse sin luchar. Tenían razón con respecto a la Muerte. Solo la idea de enfrentarse a ella la hacía estremecer por dentro. Si no se sintiera tan atraída por Damon, habría retrocedido y permitido que la naturaleza siguiera su curso. Por alguna inexplicable razón, no podía soportar la idea de que Damon sufriera.

Kate sonrió burlonamente.

- No te preocupes, nos aseguramos de convocar una reunión apresurada para votar sobre si era o no una situación que requería el uso de poder. Quedó acordado por mayoría absoluta que estaba absolutamente garantizado.

- ¿Concertasteis una reunión? - Sarah las miró a todas con justa indignación. - ¿Sin mí? ¿Sin las otras? Vosotras tres no hacéis mayoría. ¡Oh, ahora si que os habéis metido en problemas! - Dijo triunfante.

Hannah le sopló un beso, dulcemente razonable.

- Por supuesto que no hicimos eso, Sarah. Contactamos con las otras para que el acto fuera perfectamente legítimo. Les contamos lo de la verja y como se abrió por sí misma para él. Y como los perros le saludaron. Ellen envía abrazos y besos y dice que te echa de menos. Joley quería venir directamente a casa y sumarse a la diversión pero está atada. - Frunció el ceño. - Espero que no literalmente, no se me ocurrió preguntarle y con Joley nunca se sabe. Y Libby está trabajando en Guatemala o algún otro lugar que ha descubierto que no tiene baño

y probablemente si sanguijuelas, curando niños enfermos como siempre.

- Pensaba que estaba en África investigando esa cosa que mata a la gente cuando intentan recoger los cultivos. - Dijo Kate. - Me ha enviado algo de material de investigación para mi próximo libro.

- Donde quiera que esté, Libby estuvo totalmente de acuerdo en que necesitábamos asegurarnos de que Sarah estaba a salvo. - Hannah parecía inocente. - Eso era todo lo que estacamos haciendo, Sarah. Todas acordamos que por tu seguridad necesitábamos ver el interior de ese dormitorio inmediatamente.

Kate y Abbey estallaron de nuevo en risas.

- Yo me preocupé un poco cuando él consiguió tan exuberantemente caer al suelo. - Dijo Abbey. - Pero estaba claro que no era una situación de vida o muerte así que te dejamos con ello.

- Y chica, bien que te aplicaste. - Añadió Kate. - De veras, Sarah, un poco menos de entusiasmo por tu parte podría haber conducido a darnos alguna información útil para nuestra teoría sobre los hombres y sus seducciones. - Las tres hermanas intercambiaron asentimientos como si la investigación fuera de suma importancia.

Luchando por no reír, Sarah golpeaba el suelo con el pie y con las manos en las caderas, miraba a sus caras impenitentes.

- Sabíais que no estaba en peligro de ningún modo, entrometidas Thomasinas. ¡Avergonzaos todas! Sabíais que anoche estaba trabajando.

Eso condujo a otra ronda de risas que casi hizo que Kate se cayera de la silla.

- ¡Una chica trabajadora!

- ¿Es así como lo llamas? Desde luego estabas trabajando en algo, Sarah.

- Estuvo de acuerdo Hannah.

- Es una trabajadora rápida. - Añadió Abbey.

La boca de Sarah se retorció por el esfuerzo de mantener la cara seria.

- Trabajo en seguridad, brujas horribles. ¡Soy su guardaespaldas!

Kate se cayó de la silla riendo. Hannah se derrumbó sobre la mesa, su cuerpo elegante graciosamente posado.

- Estabas guardando su cuerpo muy bien, Sarah. - Dijo Abbey, arreglándose las palabras para conseguir que las palabras surgieran entre los chillidos de risa.

- Guardando su cuerpo muy de cerca. - Contribuyó Kate.

- Manteniendo esos labios agradablemente a salvo. - Estuvo de acuerdo Hannah. - Ooh, Sarah, pequeña, eres estupenda en ese trabajo.

El único recurso de Sarah fue recurrir a la dignidad. No estaban escuchando la voz de la autoridad suprema de su hermana mayor ante sus travesuras. Se irguió, aparentando tanta arrogancia como podía con ellas tres revolcándose juntas, riendo como hienas.

- Adelante, aullad, pero vosotras tres podríais querer leer la vieja profecía. Leerla toda, no solo la primera o segunda línea.

La sonrisa decayó en la cara de Hannah.

- Sarah parece terriblemente presumida. ¿Dónde está ese viejo libro de todos modos?

Abbey se irguió.

- Sarah Drake, no te atreverías a tratar de engañarnos, ¿verdad?  
- No bromeo. - Dijo Sarah. - Ese es el departamento de Hannah. Damon viene hacia aquí. Quiero que os conozca. - Parecía repentinamente vulnerable. - Realmente me gusta. Hablamos toda la noche sobre todo. Sabéis esos silencios incómodos que aparecen con los desconocidos que no hay posibilidad de que nos entiendan? No tuvimos ni uno de ellos. Está tan acostumbrado a cargar con la Muerte. Por supuesto, no sabe que lo está haciendo y si lo supiera, me habría alejado inmediatamente.

- Oh, Sarah. - La voz de Hannah estaba llena de compasión.

- Tengo que encontrar una forma de ayudarlo. Él no podría soportar otra muerte sobre su conciencia. Su amigo fue asesinado, pero él se las arregló para salvarse a sí mismo. - Se pasó una mano por el pelo y miró a sus hermanas con desesperación en los ojos. - Me gusta todo de él. No hubo tema que evitáramos. Y nos reímos juntos de todo. - Levantó la mirada hacia sus hermanas. - Realmente, realmente me gusta.

- Entonces a nosotras también nos gustará. - Le aseguró Kate. - Y encontraremos una forma de ayudarlo. - Abrió la nevera y escudriñó dentro, abriendo los compartimentos. - ¿Compraste verdura fresca?

- Por supuesto, y un montón de fruta. Por cierto, felicidades por tu último libro. Lo leí de cabo a rabo y era maravilloso. Como siempre, Katie, tus historias son fantásticas. - Alabó Sarah sinceramente. - Y gracias, Kate.

Abbey abrazó a Kate.

- Mis recuerdos favoritos son de cuando éramos pequeñas y solíamos tendernos en el balcón mirando a las estrellas, contigo contándonos tus historias. Te mereces todos esas listas de bestsellers.

Kate besó a su hermana.

- Y a ti no te perjudica en absoluto.

- Incluso si así fuera. - Dijo Hannah. - Todavía eras la mejor cuentacuentos que ha nacido nunca y mereces cada premio y lista que has conseguido.

Kate se sonrojó, poniéndose casi tan roja como los reflejos de su pelo. Parecía complacida.

- ¿Cómo es que el foco se volvió sobre mí? Fue Sarah la que pasó la noche con un perfecto desconocido.

- No he pasado la noche con él. - Insistió Sarah. - No hay seguridad en su casa. Y he pedido a Jonas Harrington que se dejara caer esta mañana para conocer a Damon.

Las tres mujeres gimieron al unísono.

- ¿Cómo has podido invitar a ese Neanderthal a nuestra casa, Sarah? - Exigió Hannah.

- Es el sheriff local. - Señaló Sarah. - Vamos, todo eso fue hace mucho tiempo... éramos críos.

- Era un completo cerdo conmigo y todavía lo es. - Dijo Hannah.

La taza llena de café sobre la mesa delante de ella empezó a humear. Hannah bajó la mirada y vio el líquido que empezaba a hervir. Apresuradamente sopló la superficie.

Hubo un pequeño silencio.

- ¡Bien! - Explotó Hannah. - Admitiré que todavía me vuelve loca solo

pensar en él. Y si me llama Muñeca o Barbie, le convertiré en un sapo enorme y gordo. Realmente es un sapo, bien podría parecer uno.

- No puedes convertir al sheriff en un sapo, Hannah, va contra las reglas. - Le recordó Abbey. - Provócale un dolor de estómago o un tic nervioso.

- Eso no es lo suficientemente bueno. - Intervino Kate. - Necesitas imaginación para hacer pagar a ese hombre. Algo mucho más sutil... como que cada vez que mienta a una mujer para llevarla a la cama, escupa la verdad o les diga lo cerdo que es.

- Yo haría algo peor. - Amenazó Hannah. - ¡Haría saber que es repugnante en la cama! El Señor Macho Man, el chico malo que no podía hacer nada más que burlarse de mí en la escuela. Se cree un conquistador.

- Hannah. - Sarah oyó el dolor en la voz de su hermana y habló amablemente. - Eras entonces, y todavía ahora lo eres, increíblemente hermosa e inteligente. Nadie podía nunca haber concebido que fueras tan dolorosamente tímida. Lo escondes bien. Nadie sabía que vomitabas cada día antes de ir a la escuela o que teníamos que trabajar combinando hechizos para mantenerte funcionando en situaciones públicas. No sabrían que todavía tienes problemas. Has afrontado esos miedos para hacer las cosas que te aterrorizan y siempre tienes éxito. Los demás ven tu belleza, tu cerebro y tu éxito. No ven que escondes tu vida privada.

- Alguien se acerca por el camino. - Dijo Kate sin apartar la mirada de Hannah. Extendió la mano hacia su hermana. - Todas estamos orgullosas de ti, Hannah. ¿A quién le importa lo que piense Jonas Harrington?

- No es Harrington, aunque él está cerca en alguna parte. - Dijo Abbey. - Creo que es el abreverjas de Sarah. Ya sabéis, ese con el que ha pasado la noche. Todavía no puedo creerlo, y Ellen dice que quiere cada detalle íntimo en cuando tengas oportunidad.

- No hay detalles íntimos. - Objetó Sarah, exasperada. - Voy a instalar un sistema de seguridad para él. Kate, no dejes que vuelvan a leer tus libros, estás dando pie a su salvaje imaginación.

- No fue imaginación nuestra que el que te estuviera besando. - Señaló Hannah alegremente. - ¡Lo vimos!

- Y tú le devolvías el beso. - Añadió Abbey.

- ¡Bueno, esa parte no fue de ningún modo culpa mía! - Se defendió Sarah. - Es genial besando. ¿Qué podía hacer más que devolverle el beso?

Las hermanas se miraron las unas a las otras solemnemente y estallaron en carcajadas simultáneamente. El perro acurrucado en la esquina levantó la cabeza y lloriqueó suavemente para conseguir su atención.

- Está aquí, Sarah, y la verja debe haberse abierto para él por segunda vez. - Dijo Kate intrigada. - Realmente tengo que echar un buen vistazo al libro de la historia Drake. Quiero saber exactamente lo que dice esa profecía. Que extraño que algo escrito cientos de años atrás se aplique a nosotras incluso en estos tiempos modernos.

- Kate, cariño. - Dijo Abbey. - Toda edad cree que es progresista y moderna pero en realidad será considerada retrógrada algún día.

- Está en la vereda. - Anunció Kate y se apresuró hacia la puerta principal.

Las hermanas fueron tras ella. El corazón de Sarah comenzó a acelerarse.



Damon no era el tipo de hombre por que hubiera considerado nunca que se sentiría atraída, pero no podía dejar de pensar en él. Pensaba muchísimo en su sonrisa, en la forma en que le aparecían dos pequeños hoyuelos cerca de las comisuras de la boca. Pequeños hoyuelos intrigantes y tentadores. Tenía la clase de sonrisa que invitaba a largos besos embriagadores, ardientes, derritiéndose juntos...

- ¡Sarah! - Hannah siseó su nombre. - La temperatura está empezando a elevarse cientos de grados aquí. Sabes que no puedes pensar así a nuestro alrededor. ¡Jesús! Un día con este hombre y todo tu código moral se ha derrumbado.

Sarah consideró el discutir, pero no tenía mucho con lo que defenderse. Si Damon no hubiera sido tan caballeroso y se hubiera contentado solo con besar, ella podría haberle hecho el amor a él. De acuerdo, le habría hecho el amor. Debería haberle hecho el amor. Se había quedado despierta toda la noche, ardiente, molesta e intranquila por el deseo. Maldito hombre por tener modales tan caballerosos de todos modos. Sonrió y se tocó la boca con una sensación de temor. Él la había besado la mayor parte de la noche. Deliciosos, maravillosos, pecaminosamente ricos besos...

- ¡Sarah! - Las tres hermanas la reprendieron a la vez.

Sarah les sonrió sin arrepentimiento.

- No puedo evitarlo, simplemente él me afecta así.

- Bueno, intenta no tirarte sobre él. - Urgió Abbey. - Es tan impropio de una Drake. Dignidad siempre en cuanto a hombres se refiere.

Hannah estaba mirando por la ventana. Retorcó la nariz.

- Kate, cuando abras la puerta a Damon, deja salir a los perros para su paseo matutino. Han estado encerrados toda la noche, los pobrecitos.

Kate asintió y obedientemente soltó a los perros mientras saludaba a Damon.

- Que agradable verte, señor Wilder. Sarah nos ha hablado mucho de ti.

Los perros se apresuraron a pasar a Damon. El se apoyó pesadamente en su bastón, observando a los enormes animales cargar contra el sheriff, que avanzaba por el sendero. Justo cuando el hombre alcanzaba la verja, ésta se cerró de golpe con un ruidoso bang. Los perros la golpearon con fuerza, gruñendo, desnudando los dientes, y buscando frenéticamente en un esfuerzo por llegar a su presa.

- ¡Esto no es divertido, Hannah! - Gritó Jonas Harrington. - Fui invitado por tu hermana y vine por hacer un favor. Deja de ser tan infantil y llama a tus bestias.

Hannah sonrió dulcemente hacia Damon y extendió la mano.

- No prestes atención al sapo, señor Wilder, viene por aquí de vez en cuando y juega con su pequeña pistola, creyendo que va a impresionar a los nativos. - Bostezó, cubriéndose la boca delicadamente. - Es tan aburrido e infantil pero le seguimos la corriente.

Sarah silbó agudamente y los perros instantáneamente cesaron de gruñir, alejándose de la valla para volver a la casa. Cuando los animales estuvieron a salvo dentro, la puerta se abrió invitadoramente y el sheriff la atravesó, su cara era una sombría máscara, su mirada mordaz fija en Hannah.

- ¿Y qué ocurre cuando no le seguís la corriente? - Preguntó Damon.

- Pues que alardea de su poder y nos acosa con multas por exceso de velocidad. - Dijo Hannah, manteniéndose firme, con la barbilla alzada.

- Ibas con exceso de velocidad, Hannah. ¿Creías que iba a dejar que te libraras solo por ser guapa? - El sheriff estrechó la mano a Damon. - Jonas Harrington, el único hombre cuerdo cuando Muñeca muestra su verdadero carácter.

Hannah le lanzó una brillante sonrisa. Sus hermanas se acercaron más a ella, protectoramente, pensó Damon.

- ¿Por qué no, Sheriff? Todos los otros polis me dejaron librarme. - Se volvió sobre sus talones y se alejó.

Kate y Abbey dejaron escapar un suave suspiro colectivo.

- ¿Le pusiste una multa a mi hermana? - Preguntó Sarah ultrajada. - Jonas, realmente eres un sapo egocéntrico. ¿Por qué no puedes dejarla en paz? Es tan infantil guardar rencores. Supéralo.

- Ella es la que se comporta como una adolescente. - Señaló Jonas. - A parte de para alimentar a tus perros conmigo, ¿tenías alguna razón real para invitarme a venir aquí?

Una risa burlona flotó de vuelta hacia ellos.

- No te halagues a ti mismo, Harrington; nadie te quiere aquí.

Mientras Jonas Harrington entraba en la casa, la hiedra que colgaba del techo se balanceó precariamente y una gruesa y viscosa vid le golpeó en la parte de atrás de la cabeza. Jonas se dio la vuelta, levantando las manos listo para pelear. Apartó de un empujón la planta e irrumpió en el salón, mascullando aviesas maldiciones por lo bajo.

Damon estaba tras él y se detuvo inmediatamente, estudiando cautelosamente la habitación y después otra vez la vid.

- ¿Vuestras plantas se comen a vuestros visitantes con frecuencia? - Preguntó con seria curiosidad mientras empujaba la hiedra lejos de él con su bastón. Se paseó alegremente entre la masa de vegetación.

- Solo a los que se meten con mis hermanas. - Replicó Sarah.

Sin advertencia, sobresaltándolos a ambos, Damon súbitamente se extendió, capturando a Sarah por la nuca, y arrastrándola hacia él. Su boca cubrió la de ella hambrienta. Sarah se fundió con él. Derritiéndose. Se convirtió en fuego líquido. Estalló en llamas. Sus brazos le rodearon el cuello. El bastón cayó al suelo y se devoraron el uno al otro. El mundo desapareció hasta que quedaron solo Damon y Sarah y la rabiosa necesidad.

- ¡Sarah! - El nombre brilló tenuemente en el aire, separándolos hasta que quedaron simplemente en pie, mirándose a los ojos, ahogándose. Sorprendidos.

Sarah parpadeó, intentando enfocar, después miró a su alrededor y se ruborizó cuando vio a Jonas Harrington boquiabierto.

- Cierra la boca, Jonas. - Ordenó ella, su tono le desafiaba a hacer un comentario. Conocía a Jonas de toda la vida. Por supuesto que no dejaría pasar la oportunidad. Esperó, acobardada.

- Santo cielo. - Jonas extendió su mano hacia Damon. - Eres un dios. Besar a una Drake es peligroso, es algo así como correr el riesgo de besar a una víbora. Tú simplemente te lanzaste y fuiste a por ello. - sacudió la mano de Damon con gran entusiasmo.

- Eh, eh. - Sarah miró fijamente al sheriff. - No empieces, y no extiendas ningún rumor tampoco, Jonas. Ya estoy realmente enfadada contigo por poner una multa a Hannah.

La sonrisa decayó en la cara del sheriff.

- No creo que porque una mujer sea mortalmente guapa se la deba tratar de forma distinta. Lo ha tenido todo demasiado fácil, Sarah. Todas vosotras la tratáis como a una muñequita.

- No conoces a Hannah en absoluto, Jonas, y no te mereces conocerla. Ella no esperaría que la dejaras librarse por su apariencia, idiota. - Sarah lanzó los brazos al aire. - Olvídalo, he dejado de intentar explicarte nada. Si no has entendido ya lo que es la amistad nunca lo harás. Dejémoslo correr. Damon y yo tenemos hoy una agente apretada. - Gesticuló hacia una silla.

Harrington estaba mirando hacia las escaleras.

- ¡Siéntate! - Ordenó Sarah. - Esto es una cuestión de negocios. Asesinato. Justo en tu terreno, Jonas.

JONAS HARRINGTON ESCUCHÓ tranquilamente mientras Sarah le relataba los eventos que habían tenido lugar la noche anterior. Sus oscuras facciones se endurecieron perceptiblemente mientras ella hablaba. Lanzó una ardorosa mirada hacia Kate y Abby.

- ¿Por qué nadie me llamó anoche? Podía haber hecho algo anoche. Demonios, Sarah, ¿dónde tienes la cabeza? ¡Podrían haberte matado!

- Bueno, no fue así. Recuperé el rifle para ti, tenía la esperanza que pudieras obtener huellas dactilares, pero lo dudo.

Jonas sacudió la cabeza.

- No hagas eso; me has estado lanzando esa misma sonrisa desde el jardín de infancia y eso siempre te saca del atolladero. - Gesticuló hacia ella. - Échale una buena mirada, Damon, porque esa va a ser su respuesta cada vez que haga algo que a ti no te guste. - En inclinó hacia adelante en su silla, sus ojos llameando hacia ella. - ¿Y qué hay de tus hermanas? ¿Se te ha ocurrido que podrías atraer a esa gente hasta tu propia casa?

Furioso, se puso en pie, un hombre grande, moviéndose como un gato de la jungla, paseando inquieto por el enorme salón.

- Esos hombres son profesionales. Ambos lo sabéis. Sea lo que sea lo que hayáis hecho para atraerles...

- Damon trabajaba en un proyecto de máxima seguridad, Jonas, nada ilegal. No tiene nada que ver con drogas así que quítate eso de la cabeza.

Damon se recostó hacia atrás en su silla, desgarrado entre la preocupación por haber colocado a la familia Drake en peligro y la placentera sensación de que Sara se hubiera vuelto tan protectora. Inmediatamente se había convertido en una feroz tigresa preparada para saltar si el sheriff continuaba lanzando insinuaciones en cuanto a su carácter.

- Quiero saber con qué nos enfrentamos. Y no empieces a tirarme palabras a la cara para salirte por la tangente. Si tenemos a un par de hombres dispuestos a forzar la entrada en una casa con un rifle de alto calibre...

- Estaba cargado con un dardo tranquilizante. - Interrumpió Sarah precipitadamente.

- Fui secuestrado, junto con mi asistente, hace casi un año. Mataron a mi asistente y yo apenas logré escapar con vida. - Cuando Damon habló, una sombra oscura cayó sobre la habitación. Fuera, el océano se levantó y salpicó en el aire. - Querían información que podría haber afectado a la seguridad de nuestra nación y me negué a dársela. - Damon se pasó una mano por la cara como para espantar una pesadilla. - Sé que suena melodramático, pero... - Lentamente se desabotonó la camisa para exponer su pecho y las espirales y cicatrices que había tras ella. - Quiero que sepáis como es esa gente.

La sombra se alargó y creció en la pared detrás de Damon. Comenzó a tomar forma, gris, traslúcida, pero allí de todos modos, creciendo de forma hasta que un ghoul sin cara emergió con los brazos extendidos y un largo cuerpo delgado. La boca se abrió de par en par, un gesto de avaricia y anhelo a causa de la adicción a la Muerte que había desarrollado. Los brazos podrían haberse extendido hacia Jonas o Damon. Damon se agachó alejándose de Jonas, el dolor

fluctuó en su cara, sus hombros se tensaron como si soportaran una gran carga.

Alarmada, Hannah se extendió y tiró de Jonas hasta el otro lado de la habitación fuera de peligro. Jonas maldijo por lo bajo y se plantó sobre sus pies firmemente, pensando que ella intentaba tirar de él para sacarle de la casa.

Sara ajustó las persianas de la ventana, filtrando la luz, y volvió junto a Damon, tocándole gentilmente. Eso fue todo. El más ligero de los toques. Ella simplemente posó su mano sobre la de él, pero la paz le inundó mientras se abotonaba la camisa. El terrible peso que siempre parecía estar aplastándole contra el suelo se aligeró.

Los ojos de Kate se llenaron de lágrimas y se presionó los dedos contra la boca.

Abbey abandonó la habitación para volver con una taza de té.

- Bebe esto, Damon. - Dijo. - Disfrutarás del sabor.

El aroma se añadió al toque consolador que Sara había proporcionado. No pensó en preguntar como se las había arreglado ella para hacer un té caliente en unos pocos segundos.

- Podría agradecer una taza de té. - Dijo Jonas. - si alguien me la ofreciera. Y un toque de cordura en la casa sería agradable también. Muñeca estaba sacándose a rastras por la puerta y todos vosotros simplemente os quedáis ahí mirando.

- Lo hice por ti. - Hannah se apoyó contra el marco de la puerta y levantó la mirada hacia el sheriff. Se retorció los dedos, única señal de su agitación. - ¿Te gusta dulce? Puedo dar con un brebaje apropiado.

- Creo que paso. Uno de estos días voy a tomar represalias, Hannah.

Ella le hizo una mueca mientras le veía avanzar hacia las puertas correderas para mirar afuera hacia las olas enfurecidas.

- Tengo un mal presentimiento sobre esto, Sarah. Sé que eres capaz de hacer ciertas cosas y la gente no tiene ni idea de cómo las haces. Quizás tampoco tú lo sabes, ciertamente yo no lo sé, pero creo en ti. Algunas veces simplemente siento cosas. Es una de las cosas que me hace bueno en mi trabajo. - Se volvió para mirarla. - Tengo un muy mal presentimiento sobre esto. Francamente, tengo miedo por todos vosotros.

Hubo un pequeño silencio.

- Creo en tí, Jonas. - Dijo Sara. - Siempre he sabido que tienes un don.

La mirada de él recorrió la habitación, tocando intranquilamente a cada mujer.

- He conocido a esta familia desde que era niño. Las riñas. - su mirada ardiente se posó sobre Hannah. - son insignificantes cuando se trata de vuestra seguridad. No voy a perder a ninguna de vosotras por esto. Quiero que se me llame si alguna se golpea un dedo del pie. Si veis a un desconocido u oís un ruido raro. No estoy bromeando con este asunto. Quiero vuestra palabra de que me llamaréis. Tenéis mi número privado al igual que el número de la oficina y el 911.

- Jonas, no te preocupes, estaremos bien. Soy muy buena en lo que hago. - Dijo Sara con completa confianza.

Jonas dio un paso hacia ella, reminiscencia de una pantera al acecho. Damon agradeció ser demasiado viejo para dejarse intimidar.

- Quiero vuestra palabra. De cada una de vosotras.

Damon asintió.

- Estoy de acuerdo con Harrington. Esos hombres nos torturaron. No están jugando. Admitiré que cuando estoy a vuestro alrededor, siento la magia en el aire, pero esos hombres son malvados y capaces de torturar y asesinar. Tengo que saber que estáis totalmente a salvo o tendré que abandonar este pueblo.

- ¡Damon! - Sarah pareció afligida. - Simplemente te seguirían. - Peor aún, llevaría la Muerte con él adonde quiera que decidiera ir.

- Entonces cooperad con el sheriff. Dadle lo que sea que necesite para detener a esos hombres. - Por ridículo que pareciera cuando acababa de conocerla, Damon no podía soportar la idea de dejar a Sarah, pero no iba a arriesgar su vida.

- No me importará llamarte, Jonas. - Dijo Kate de buena gana.

Abbey levantó la mano.

- Yo estoy dentro.

Sara asintió.

- Siempre me alegra colaborar con la autoridad local.

Todos los ojos se volvieron hacia Hannah. Ella se encogió de hombros indiferente.

- Lo que sea por ayudar a Damon, estoy dispuesta a hacerlo.

Jonas ignoró el rencor de su voz y asintió.

- Quiero que todos vigiléis vuestros pasos. Sed conscientes de lo que os rodea y de cualquier desconocido. ¡Mantened esos perros cerca y cerrad la casa!

- Todos conformes. - Acordó Sarah. - Realmente, Jonas, no queremos tener nada que ver con hombres armados. Te llamaremos incluso si el gato maúlla.

Él pareció un poco apaciguado.

- Querré colocar patrullas extra alrededor de este lugar al igual que en la casa de Damon, Sara.

- Bueno, por supuesto, Jonas. - Estuvo de acuerdo Sarah.

- Me dará oportunidad de hacer amistad con ellos. - Dijo Hannah. - No conozco a muchos de los nuevos habitantes del pueblo.

Jonas la miró fijamente.

- Tú y tu cuerpo sinuoso podéis quedaros lejos de mis hombres.

Hannah le hizo una mueca, levantó la mano para empujar hacia atrás el mechón que le caía sobre la cara. Un viento helado recorrió la habitación, dando vida a las cortinas, haciendo que danzaran en un movimiento macabro, revoloteando, extendiéndose hacia Jonas como para enredarle entre sus gruesos pliegues.

Sarah vislumbró una oscura sombra moviéndose en el interior de las cortinas. Sus manos se alzaron en un ondeo casual y grácil. Kate y Abbey siguieron los gentiles movimientos con sus propios dedos. El viento murió abruptamente y las cortinas cayeron en su lugar.

Damon se aclaró la garganta.

- ¿Quiere alguien contarme que ha ocurrido?

Jonas sacudió la cabeza.

- Nunca seas lo suficientemente tonto como para pedir una explicación a ninguna de ellas, Damon. Podrías conseguirla y el pelo se te pondría gris. - Su mirada vagó sobre Hannah. - Ni siquiera lo pienses. Señoras, puedo encontrar mi

propio camino hasta la salida.

Damon no apartaba los ojos de Sarah. Ella estaba mirando a Hannah y con una acusación en la mirada. Por el rabillo del ojo, pudo ver que Abbey y Kate hacían lo mismo.

Hannah lanzó las manos al aire.

- No pensé en ello, ¿de acuerdo? Lo siento.

El silencio se alargó, la desaprobación espesaba el ambiente en la habitación.

Hannah suspiró.

- De veras lo siento. Olvidé solo por un momento lo de la Mu... - Se interrumpió bruscamente, su mirada saltó hacia Damon. - Sobre la otra cosa con la que estamos tratando. No volverá a ocurrir.

- Será mejor que no. - Dijo Sarah. - No puedes permitirte olvidar ni por un momento. Es demasiado peligroso, Hannah.

- Espera un minuto. - Interrumpió Damon. - Si estás hablando de mí y de esos hombres de anoche, no quiero que tu familia se involucre de ningún modo.

- ¿Los hombres? - Kate arqueó una ceja. - En lo más mínimo, Damon, no les dedicamos ni un solo pensamiento. Hay cosas mucho más peligrosas que los seres humanos.

Estudió a las cuatro mujeres intercambiar largas miradas sabedoras y se exasperó. Ellas sabían algo que él no. Algo referente a él.

- Puedo entender porque el pobre Harrington se frustra tanto con vosotras.

Sara se puso en pie y le sopló un beso.

- Nos adora a las siete. Solo le gusta aporrearse el pecho.

- Está genuinamente preocupado. - Dijo Damon. - Y yo también. Las cosas que dijo tienen sentido. Ya es bastante malo pensar que estás en peligro, mucho más que también lo estén todas tus hermanas. - Se pasó la mano por el pelo con agitación. - No puedo ser responsable de esto.

Para su sorpresa todas ellas rieron.

- Damon. - La voz de Sarah fue una mezcla de diversión y ternura. - Aceptamos la responsabilidad de nuestras propias decisiones hace mucho tiempo. Somos mujeres adultas. Cuando elegimos meternos en problemas, aceptamos las consecuencias. - Se inclinó hacia él.

Abbey gimió dramáticamente.

- Va a hacerlo. Va a besarle justo delante de nosotras.

- Eso es ir demasiado lejos, Sarah. - Protestó Hannah.

- Adelante. - Animó Kate. - Necesito escribir una buena escena de amor.

Cuando Sarah vaciló, con su mirada perdida en la de él, Damon aprovechó la ventaja y realizó el trabajo a conciencia, no queriendo decepcionar a Kate.

- ENTONCES, SARAH. - Dijo Damon, bajando su vaso de té helado mientras se sentaban en el porche. Damon y Sara pasaban cada minuto que podrían encontrar juntos. Dando paseos por la playa. Trabajando en un sistema de seguridad para la casa de él. Días perezosos de risas y confidencias susurradas. Damon disfrutaba de cada momento que pasaba en la casa de ella, conociendo a sus hermanas. Nunca se quedaba sin cosas que decir a Sara y adoraba las historias de ella y su personalidad abierta. Disfrutaba del brillo de sol en su vida y su nombre era Sara.

Ella tomó un puñado de patatas fritas y le sonrió. En lo alto las gaviotas volaban en círculos, mirando hacia abajo con ojos esperanzados. Damon no había tenido más inoportunas visitas nocturnas y apreciaba la regularidad con la que el sheriff se paseaba conduciendo para comprobar las intermediaciones.

Damon sacudió la cabeza, abrumado por la sonrisa de ella. Le sacaba todo pensamiento de la cabeza con esa sonrisa.

- Sara, ¿tienes miedo por mí o por todos los demás? Se me ocurre que siempre hay un amortiguador entre todo el mundo con el que nos cruzamos y yo. Al principio lo notaba realmente, pero la pasada noche estuve pensando en ello. Empiezo a conocerte y creo que prefieres que tus amigos no te vean conmigo.

El aliento de Sarah quedó atascado en su garganta ante el indicio de dolor en la voz de él. La mayor parte del tiempo que pasaba con él, lo que más deseaba era estar con él. Y la oscura sombra que le rodeaba le aferraba aún con más fuerza.

-No me importa que todos nos vean juntos. Eres tú el que se preocupa por los rumores. Yo estoy acostumbrada a ellos y no me molestan.

- Entonces vamos juntos al pueblo. - Era un desafío.

Sarah dejó escapar el aliento. La niebla tempranera de la mañana se había disipado, dejando en el cielo un asombroso tono de azul. Podía ver las nubes acumulándose a lo lejos sobre el mar. Miró cuidadosamente hacia Damon, inspeccionando cada centímetro de él. No había sombra oscura rodeándole y sus hombros no se encorvaban como si cargara un gran peso.

- Suena genial, si realmente estás seguro de querer arriesgarte.

Él se puso en pie y extendió la mano hacia ella.

- Vamos.

- ¿Ahora mismo? - No había esperado que realmente quisiera ir, pero obedientemente lo tomó de la mano y le permitió levantarla.

- Si, mientras tengo valor. Caminar contigo por la ciudad debe ser un festín para las malas lenguas. La historia se extenderá como un reguero de pólvora.

Sarah rió suavemente, sabiendo que era verdad. Una vez hubieron recorrido la corta distancia hasta el pueblo, ella enfiló hacia la tienda de comestibles, decidida a seguir adelante con ello.

- Siento un poco de pena por Harrigton. - Dijo Damon mientras caminaba con Sarah por la calle principal del pueblo. - Se deja caer por la casa algunas veces y es muy simpático. - Extendió la mano y enredó sus dedos con los de Sarah.

- ¿Estás seguro de que quieres esto? - La voz de Sarah era escéptica? -



Cogerme de la mano en público atraerá un potente foco sobre ti. Los rumores van a recorrer a toda velocidad el pueblo, más rápido de lo que vuela una gaviota. Sé lo mucho que valoras tu privacidad.

- Eso era antes de retirarme. Cuando trabajaba de la mañana a la noche y no tenía vida. -Damon rió suavemente. Era feliz. Mirarla le hacía feliz. Caminar con ella, hablar con ella. Era ridículo lo feliz que era cuando estaba en su compañía. No tenía sentido pero no iba a cuestionar un don celestial. - Podemos darles algo real sobre lo que chismorrear.

La risa de Sarah flotó con la brisa, un sonido melodioso que hizo que se giraran cabezas.

- Nada de "chismorreos" Damon, son "noticias". Aquí nadie chismorea. Tienes que hablar con propiedad.

Damon escuchó el sonido de sus zapatos sobre la acera de madera. Todo era tan diferente con Sarah. Se sentía como si finalmente estuviera en casa. Miraba a su alrededor a las casas pintorescas, tan curiosas y únicas. Ya no se sentía forastero o percibía hostilidad hacia él; la gente era excéntrica, pero entrañable. ¿Cómo lo había hecho Sarah? Misteriosa Sarah. Incluso el viento le daba la bienvenida de vuelta a casa. Sus dedos se cerraron alrededor de los de ella, sujetándola. No estaba del todo seguro de que Sarah fuera humana y temía que pudiera echarse a volar alejándose de él sin previo aviso, uniéndose a los pájaros sobre el mar.

Ella saludó a una joven en un porche.

- Son buena gente, Damon. No encontrarás gente más acogedora en tu vida que la que vive aquí.

- ¿Incluso Harrington? - Bromeó él.

- Me siento un poco mal por él también. - Respondió Sarah seriamente. - La mayor parte del tiempo, Jonas es un hombre amable y compasivo y muy bueno con todo el mundo, pero simplemente se niega a ver la verdad sobre Hannah. La mira y solo ve el exterior. Ella siempre ha sido guapa. Él era muy popular con las chicas en el colegio, un atleta increíble, toneladas de méritos escolares, el chico soñado entre los residentes. Pensaba que Hannah era una orgullosa porque nunca hablaba con él. Él hizo de su vida un infierno viviente, se burló de ella sin piedad durante toda la escuela. Ella nunca le perdonó y él nunca entendió por qué. Es un buen hombre y no era malicioso en la escuela. Desde su punto de vista, sólo bromeaba. No tiene ni idea de que Hannah es dolorosamente tímida y nunca la tendrá.

Damon hizo un ruido discrepante con la garganta.

- Es una supermodelo, Sarah... está en la portada de todas las revistas. Viaja por todo el mundo. Y, tengo que decir, que parece muy segura de sí misma en todas las entrevistas de televisión, periódicos y shows en los que la he visto. Nunca la asociaría con la palabra "tímida".

- Se hiperventila antes de hablar en público; de hecho, lleva una bolsa de papel con ella. La mayor parte de los entrevistadores y periodistas tienen cuidado con ella. Que sea dolorosamente tímida no significa que permita que eso afecte a su vida.

- ¿Por qué simplemente no le das una pista a Harrington?

- ¿Por que tiene él que juzgar a Hannah con tanta dureza, sólo por su

aspecto? Mi hermana Joley es igualmente espectacular, aunque no exactamente del mismo modo. Jonas nunca se atrevería a atormentarla. Todas mis hermanas son guapas y él no utiliza ese tono sarcástico con ellas. Solo lo hace con Hannah y delante de todo el mundo.

Damon oyó la feroz protección en el tono de su voz y sonrió. Tiró de ella acercándola más bajo su amplio hombro. Su Sarah. Sin advertencia, el miedo golpeó, profundo, fantasmal, afilado como un cuchillo. El aliento abandonó sus pulmones.

- ¿Sarah? ¿Estamos pensando lo mismo? Nunca antes había deseado a alguien en mi vida. Ni una sola vez. Solo acabo de conocerte y no puedo imaginar el resto de mi vida sin ti. - Se pasó los dedos por el pelo, el bastón casi le golpeó la cabeza. - ¿Sabes la que parezco? Un acosador obsesivo. Yo no soy así con las mujeres, Sarah.

Los ojos de ella danzaron.

- Eso deja mucho campo abierto, Damon. Estás hablando de una familia con seis hermanas y un billón de primos. Tengo un millón de tías y tíos. No puedes descubrirte así sin más o van a burlarse de ti despiadadamente.

Hicieron un alto delante de la tienda de comestibles. Damon se enfrentó a ella, capturándole la barbilla con la mano para inclinarle la cara hacia arriba.

- Lo digo en serio, Sarah. Sé que quiero un futuro contigo en él. Tengo que saber que los dos estamos en la misma página.

Sarah se puso de puntillas para presionar un beso contra su boca.

- Ahí va una pequeña noticia relámpago para ti, Damon. Yo no comprometo mi trabajo enredándome con mis clientes. No lo hago, es una regla, besar a desconocidos y pasar la noche deseando que den el gran paso.

- ¿Quieres que dé el gran paso?

Sarah rió, tirando de la mano de él, arrastrándole al interior de la tienda.

- Por supuesto que sí.

- Bueno, este es un momento condenadamente malo para decírmelo.

Inez estaba en la ventana de la tienda con tres de sus clientes, mirando a Sarah y Damon con las bocas abiertas. Damon les frunció el ceño.

- ¿Están cazando moscas?

Sarah le apretó la mano con firmeza en advertencia. Sonriendo todo el rato serenamente.

- ¡Inez! Sólo nos hemos dejado caer por aquí para una visita rápida. ¡Kate, Hannah y Abigail están en el pueblo para unos pocos días y están deseando verte! Joley, Elle y Libby envían su cariño y me ordenaron que dijera que esperan volver pronto. - Su voz era brillante y alegre, disipando la aire de tristeza de la tienda. - Conoces a Damon, por supuesto.

Inez asintió, su mirada de halcón entrecerrada y fija en sus manos unidas. Su garganta trabajaba convulsivamente.

- Si, por supuesto. No sabía que vosotros dos fuerais amigos íntimos.

Damon la miró fijamente, desafiando a la mujer a que insinuara cualquier otra cosa. Sara simplemente rió.

- Le cacé al minuto de verle, Inez. Tú siempre me decías que sentara la cabeza con un buen hombre y bueno... aquí está él.

- Nunca lo hubiera supuesto, y el señor Wilder no dijo ni una palabra. - Dijo

Inez.

Damon forzó una sonrisa bajo la sutil presión de la garra de Sarah. Sus uñas se le estaban clavando en la mano.

- Llámame Damon, Inez. Nunca me las arreglaba para atraparte a solas. - Fue la mejor excusa que pudo ocurrírsele y sonaba plausible. Debía haber funcionado porque Inez le sonreía, otorgándole la sonrisa que reservaba a sus amigos más cercanos. A pesar de sí mismo, Damon pudo sentir un diminuto brillo de placer ante la aceptación.

- ¿Cómo va todo últimamente? - Preguntó Sarah antes de que Damon pudiera advertirle que era mala idea darle cuerda a Inez.

- Honestamente, Sarah, Donna la de la tienda de regalos es una mujer adorable pero simplemente no entiende la importancia de reciclar. Justo esta mañana la vi deshacerse de sus papeles con el plástico. Se lo he explicado muchas veces y le mostré la forma más fácil de ocuparse de ello pero simplemente no lo coge. Sé buena y haz algo sobre eso, ¿vale?

La boca de Damon casi se quedó abierta de par en par ante la petición. ¿Qué quería Inez que hiciera Sarah? ¿Separar la basura de esa mujer por ella?

- No hay problema, Inez. Ahora pasaré por allí. Damon y yo esperábamos que algunos de nuestros amigos nos ayudarán con un pequeño problema. Hay algunos desconocidos que han estado en el pueblo, probablemente durante una semana o dos... tres hombres. Nos gustaría saber su paradero, sus movimientos, esa clase de cosas. Desafortunadamente no tenemos una descripción clara pero uno de ellos tiene una herida en la cara, más que probablemente alrededor de la mandíbula. Espero que otro puede haber sido mordido por una garrapata. - Se detuvo, con una pequeña mueca maliciosa jugando en la comisura de su boca. - Quizás un montón de garrapatas.

- ¿Qué han hecho? - Preguntó Inez, bajando la voz como si se uniera a una conspiración.

- Intentaron forzar la entrada en la casa de Damon. Jonas tiene toda la información que pudimos darle. Iba a hacer comprobaciones en el hospital y la clínica. - Mencionó lo de la pistola tranquilizante también. - Si alguien los ve, o te los menciona, ¿te importaría llamarme? ¿Y quizás sería buena idea llamar a Jonas también?

- Bueno, querida, tú sabes que yo no creo en eso de meter las narices en los asuntos de los demás, pero si realmente necesitas que te ayude. Estaré más que feliz de complacerte. - Dijo Inez. - Siempre hay muchos turistas pero deberíamos ser capaces de dar con un hombre que tiene algo mal en la mandíbula.

Sarah se inclinó para besar a Inez afectuosamente.

- Era tan buena amiga, Inez. No sé que haríamos todos sin ti. - Se volvió para mirar a los tres clientes. - Irene, espero que no te importe que lleve a Damon cuando vaya a veros a ti y a Drew esta tarde. - Quería evaluar las condiciones de Drew antes de involucrar a sus hermanas y dar a Irene todavía más esperanzas. - Solo queremos visitarle unos minutos. - Añadió apresuradamente. - No le cansaremos.

La expresión de Irene se aligeró considerablemente.

- Gracias, Sarah; por supuesto que puedes traer a quién tú quieras. Te dije

a Drew que quizás te dejarías caer y está tan excitado. Le encantará la compañía. Rara vez ve ya ni siquiera a sus amigos.

- Bien, no puedo esperar para verle de nuevo. Ahora no vayas a tomarte muchos problemas, Irene. La última vez que te hice una visita, tenías todo un almuerzo esperando. - Sara frotó al brazo de Damon. - Irene es una estupenda cocinera.

- Oh, si, lo es. - Estuvo de acuerdo Inez prontamente. - Sus platos son siempre los primeros en cada recaudación de fondos.

Irene rompió a sonreír, con apariencia complacida.

La calidez en el corazón de Damon se extendió hasta su estómago, caldeándole la sangre. Sara esparcía su brillo. Ese tenía que ser su secreto. A dondequiera que fuera, simplemente extendía buena voluntad a los demás porque genuinamente se preocupaba por ellos. No era que fuera simplemente tolerante; le gustaban sus vecinos con todas sus idiosincrasias. No pudo evitar la extraña sensación de orgullo que le invadió. ¿Cómo había tenido tanta suerte?

Damon empujó sus gafas de sol hacia arriba por el puente de la nariz mientras serpenteaban cruzando la calle. Vio que se dirigían hacia la colorida tienda de regalos.

- ¿De verdad vas a clasificar la basura de esa mujer, Sarah?

- Por supuesto que no, solo voy a hacer una visita corta y a decir hola. Quizás nuestros intrusos compraran un recuerdo de su estancia o posiblemente un regalo para alguien. Nunca se sabe, debemos cubrir todas las bases. - Replicó Sarah despreocupadamente.

Damon rió.

- Sarah, cielo, difícilmente creo que los secuestradores vayan por ahí tomándose un momento para comprar un recuerdo de su estancia. Podría estar equivocado, pero parece poco probable.

Sarah simplemente le sonrió. Le robaba el aliento con su sonrisa. Ella debería haber estado siempre en su vida. A su lado. Todos aquellos años trabajando, sin pensar nunca en nadie más, y Sara había estado en alguna parte del mundo. Si la hubiera conocido antes, podría haberse retirado también antes y...

- ¿Tienes alguna idea de lo perfectamente tentadora que es tu boca, Damon? - Sarah interrumpió sus pensamientos, su voz práctica, intensamente interesada.

- ¡Sarah! ¡Sara Drake! ¡Yuuu... juuu! - Una mujer alta de proporciones amazónicas y piel extraordinaria saludó salvajemente, interceptándolos. Un hombre mayor, obviamente su padre, y un adolescente la siguieron a un paso mucho más tranquilo.

Las nubes se acumulaban amenazadoramente sobre el mar, tan lejanas como habían parecido sólo unos minutos antes, moviéndose hacia el interior a gran velocidad. El viento aulló, soplando desde el mar, llevando algo oscuro y peligroso con él. Dedos helados tocaron la cara de Sarah, casi una caricia deleitada... o un desafío. Ella estudió la cara de Damon, su cuerpo, mientras él aceptaba el peso, una postura de sus hombros, pequeñas líneas que aparecían cerca de su boca. Él no parecía notarlo, ya estaba demasiado acostumbrado a su sombría acompañante.

Se acercó más a Damon, un gesto puramente protector mientras los dos hombres se aproximaban a ellos siguiendo a la mujer. La sonrisa de bienvenida vaciló en la cara de Sarah. Una sombra se movió sobre la acera, reptando por el suelo, una amplia red oscura que se extendía en busca de una presa.

- Patsy, ha pasado mucho tiempo. - Pero miraba al hombre mayor. - Señor Granger. Que agradable verle de nuevo. Y Pete, me alegro de que nos hayamos topado contigo. Voy a visitar a Drew pronto. Podré decirle que te he visto. Apuesto a que se alegrará de saber de ti.

Pete Granger arrastró la punta de su bota sobre la acera.

- Debería ir a verle. A pasado algún tiempo. No sé que decir.

Sarah le puso una mano en el hombro. Damon podía ver que estaba preocupada.

- Sabrás justo lo que hay que decir. Eso es la amistad, Pete, estar ahí en los buenos y los malos tiempos. Los buenos son fáciles, los malos, bueno... - Se encogió de hombros... esos son un poco más difíciles. Pero siempre has sido increíblemente duro y el mejor amigo de Drew. Sé que estarás ahí para él.

Pete asintió con la cabeza.

- Dile que me pasaré por allí esta noche.

Sarah sonrió con aprobación.

- Creo que es una gran idea, Pete. - Tocó al mayor de los Granger con dedos amables. - ¿Cómo fue su visita al cardiólogo?

- ¿Por qué, Sara? - Respondió Patsy. - Papá no tiene un cardiólogo. No le pasa nada malo a su corazón.

- ¿De veras? Nunca hace daño asegurarse, señor Granger. Los chequeos son siempre una molestia pero al final necesarios. Patsy, ¿recuerdas ese cardiólogo que mi madre visitó cuando estábamos en nuestro primer año de universidad? ¿En San Francisco?

Patsy intercambió una larga mirada con su padre.

- Lo recuerdo, Sarah. Quizás podríamos ir a verle el próximo mes cuando las cosas estén asentadas en la tienda.

- Estas cosas van siempre mejor si insistes en ocuparte de ellas inmediatamente. - Advirtió Sarah. - Este es Damon Wilder, un amigo mío. ¿Vosotros tres ya le conocéis?

Damon estaba simplemente atónito. Pete iba a ir a visitar a su amigo enfermo y el señor Granger iba a ver a un cardiólogo, todo porque Sarah la sugería. Estudió más atentamente al hombre mayor. No podía ver que Granger pareciera enfermo. ¿Qué había visto Sarah que él no podía ver? No le cabía la menor duda de que ese cardiólogo iba a encontrar algo mal en el corazón del señor Granger.

Sarah pidió a los tres que mantuvieran un ojo en los desconocidos con magulladuras en la cara o mandíbula y el trío acordó hacerlo antes de marcharse apresuradamente.

- ¿Cómo haces eso? - Preguntó Damon, intrigado. Ella estaba haciendo algo, sabía cosas que no debería saber.

- ¿Hacer qué? - Preguntó Sarah. - No tengo ni idea de qué estás hablando.

Damon estudió su cara allí en la calle con la luz del sol brillando sobre ellos. No podía dejar de mirarla, no podía dejar de deseársela. No podía creer que fuera

real.

- Ves algo que está más allá del ojo humano, Sarah, algo que la ciencia no puede explicar. Yo creo en la ciencia, pero no puedo encontrar una explicación para lo que haces.

Damon estaba mirándola con tanta hambre, un deseo tan crudo en su expresión, el corazón de Sarah se derritió en el acto y su cuerpo ardió en llamas.

- Es un legado Drake. Un don. - Adondequiera que se estuviera dirigiendo se le fue de la cabeza. No podía pensar en nada más que en Damon y la necesidad de su cara, el hambre de sus ojos. Sus dedos se enredaron en la pechera de la camisa de él, justo delante de la tienda de regalos, a plena vista de los interesados ciudadanos. - La profecía Drake olvida mencionar la intensidad de la atracción física. - Murmuró.

Un hombre podía ahogarse en esos ojos, perderse para siempre. Las manos de Damon apretaron posesivamente, atrayéndola hacia él, levantándola contra su cuerpo. Cada célula reaccionó instantáneamente. Látigos de relámpago danzaron en su sangre mientras lenguas de fuego lamían su piel, al primer toque del cuerpo de ella completamente vestido. ¿Qué iba a ocurrir cuando estuviera desnuda, completamente desnuda bajo él?

- Puede que no sobreviva. - Susurró él.

- ¿Nos importaría? - Preguntó Sarah. No podía apartar la mirada de él, no podía dejar de mirarle a los ojos. Le deseaba. Estaba dolorida por él. Quería estar a solas con él. No importaba donde, sólo que estuvieran solos.

- No puedes mirarme así. - Dijo Damon. - Voy a prenderme en llamas y soy endemoniadamente viejo para estar actuando como un adolescente.

- No, no lo eres. - Negó Sarah. - Por lo demás, no me importa en absoluto. - Se dio media vuelta hacia la calle, todavía entre sus brazos. - Creo que Inez se va a caer por su ventana. Pobrecita, va a perder la vista si sigue con eso. Debería haberle sugerido que se consiguiera unas gafas. Dejaré que Abigail lo sugiera. Tienes que ser cuidadosa con Inez porque es demasiado sensible.

Era la forma en que Sarah lo decía, tan absolutamente sincera, eso tiraba de la fibra sensible de su corazón.

- Yo nunca pude conectar con la gente. Nunca. Ni siguiera en la universidad. Siempre me molestaba todo el mundo. Prefería los libros y mi laboratorio a hablar con un ser humano. - Admitió él, deseando que ella entendiera la diferencia que había marcado. Realmente empezaba a interesarse por Inez y eso era francamente, endemoniadamente, espeluznante. Empezaba a encontrar a los habitantes del pueblo interesantes después de verlos a través de los ojos de ella.

- Volvamos a mi casa. - Sugirió él. - ¿No dijiste que podía haber bichejos en ese sistema de seguridad que instalaste?

- Estoy segura de que tengo que comprobarlo. - Estuvo de acuerdo Sarah. - Pero tengo que hacer esta parada antes. Se lo prometí a Inez.

LA PEQUEÑA TIENDA DE REGALOS era alegre y brillante. Sonaba suavemente una música celta. Libros New Age y cristales de todos los colores ocupaban un lateral de la tienda mientras hadas, dragones y criaturas míticas eran reinas supremas en el otro. Damon había estado preparado para el desorden después de los comentarios sobre la falta de educación en cuestión de reciclaje de la propietaria pero la tienda estaba impoluta.

- Creo que Donna conoce de sobra el asunto del reciclaje. - Susurró Damon contra el oído de Sarah. - Probablemente pasó de ello después de ver a Inez espiándola por la ventana de la tienda con los labios apretados y las manos en las caderas. - Sus dientes mordisquearon sólo por un momento, enviando un temblor a través de ella. - Salgamos de aquí mientras tengamos oportunidad.

Sarah sacudió la cabeza.

- Tengo el presentimiento especialmente fuerte de que debemos hablar con Donna hoy. - Estaba frunciendo el ceño ligeramente, con una expresión perpleja en la cara.

Damon sintió algo retorcerse y enroscarse alrededor de su corazón. Un conocimiento floreciente. Creencia. Él era un hombre de lógica y libros, pero sabía que Sarah era diferente. Sabía que ella era mágica. La Misteriosa Sarah había vuelto a casa y con ella, algún poder indefinido que no podía ser ignorado. Ahora lo sentía por sí mismo, después de haber estado en su presencia. Era muy real, algo que no podía explicar pero que sabía que estaba allí, profundamente en el interior de ella.

Ese conocimiento hacía mucho más fácil aceptar la asombrosa intensidad de la química entre ellos. Más que eso, le ayudaba a creer en las poderosas emociones que ya afloraban en la superficie con relación a ella. ¿Cómo se enamora uno a simple vista? Siempre se había burlado de la idea, pero Sara estaba firmemente envuelta alrededor de su corazón y hacía solo unos días que la conocía.

- Si sientes que debemos hablar con Donna, entonces cueste lo que cueste, encontremos a esa mujer. - Acordó prontamente.

Ella le había cambiado para siempre. Era diferente por dentro y prefería al hombre en el que se había convertido a el hombre que había sido. Si pasaba demasiado tiempo pensando en ello, sus sentimientos no tenían sentido, pero no quería pensar en ello. Simplemente lo aceptaba, abrazando la oportunidad que el destino le había brindado.

Sarah llamó, moviéndose por la tienda con la gracia natural que Damon había llegado a asociar a ella.

- La hija de Donna fue a la escuela con Joley. Donna es tan dulce, Damon... ¿la has conocido? - Espió tras el umbral cubierto a través de una cortina de cuentas que conducía a la parte trasera de la tienda.

- La he visto. - Dijo Damon. - en la tienda de Inez. A ella y a Inez les gusta intercambiar sarcasmos.

- Han sido amigas durante años. Cuando Inez estuvo enferma hace unos años, Donna se mudó a su casa y cuidó de ella, se ocupó de su propia tienda de regalos y de la tienda de comestibles. Solo les gusta quejarse la una de la otra,

pero es todo un juego. La puerta de atrás está abierta. Es extraño. Donna tiene fobia a los insectos. Nunca deja las puertas abiertas. - Había preocupación en su voz.

Damon siguió a Sarah a través de la cortina de cuentas, notando la pila de papel atado con cuerda y el barril de plástico etiquetado con grandes letras.

- Yo diría que Donna sabe más de reciclaje que la mayoría de la gente.

- Por supuesto que sí. - El tono de Sarah era distraído, como si no estuviera prestando mucha atención. - Solo le gusta dar a Inez algo de que hablar.

- ¿Quieres decir que lo hace a propósito? - Damon quería reír pero el comportamiento de Sarah le estaba poniendo nervioso. Salieron de la tienda hasta el porche trasero.

El viento los golpeó, llegando del mar. Llegando desde la casa del acantilado. Sara levantó la cara hacia el viento, cerrando los ojos durante un momento. Damon estudió su cara, observó su cuerpo. Había una completa inmovilidad en ella. Estaba allí con él físicamente, pero tenía la impresión de que su espíritu cabalgaba sobre el viento. Mentalmente estaba con sus hermanas en la casa del acantilado.

El viento le golpeó con su frialdad, poniéndole la carne de gallina en los brazos, enviando un escalofrío de alarma por su espalda. Algo iba mal. Sara sabía que algo iba mal y ahora también él lo sabía.

Sarah abrió los ojos y le miró con aprensión.

- Donna. - Susurró el nombre.

El viento batía las hojas de los árboles y las hacía girar en pequeños remolinos de caos y confusión. Sarah observó la vertiginosa masa de hojas con intensidad. Sus dedos se cerraron alrededor de la muñeca de él.

- No creo que esté lejos pero tenemos que apresurarnos. Llama a la oficina del sheriff. Diles que envíen una ambulancia y un coche patrulla. Creo que tus secuestradores decidieron comprar en la tienda de Donna.

Empezó a alejarse de él, hacia la pequeña casa asentada tras la tienda de regalos. Estaba cubierta de masas de flores y arbustos, virtualmente un refugio en medio del pueblo.

- ¡Espera un minuto! - Damon dudó, desgarrado entre la necesidad de hacer la llamada telefónica y seguir a Sarah. - ¿Y si todavía hay alguien allí, y si el sheriff cree que estoy loco?

- Alguien está todavía allí y acabo de decirte que te des prisa. - Sarah lanzó las palabras hacia atrás sobre su hombro. Se movía con rapidez, aunque silenciosamente, ágilmente, con tanta gracia que le recordó a un animal al acecho.

Damon maldijo en voz baja y se apresuró a retroceder hasta el interior de la tienda. Inez estaba justo al otro lado de la cortina de cuentas con la cara muy pálida.

- ¿Qué pasa? - Exigió, su mano voló hacia su corazón.

- Sarah quiere que llame al sheriff y les diga que se den prisa. También me dijo que llamara a una ambulancia. ¿Lo harías para que pueda asegurarme de que nada le ocurre a Sarah? - Damon habló amablemente, temiendo que la mujer mayor pudiera desmayarse.

Inez alzó la barbilla.

- Ve, tendré una docena de polizontes aquí inmediatamente.



Damon dejó escapar un suspiro de alivio y se apresuró a correr tras Sarah. Ella ya estaba fuera de su vista, perdida tras la alborotada explosión de flores. Maldijo silenciosamente su pierna lesionada. Podía ir a cualquier parte si iba lo suficientemente despacio pero no podía correr e incluso caminar rápido era peligroso. Su pierna simplemente se colapsaría.

El corazón le latía con tanta fuerza en el pecho que temió que pudiera explotar. Que Sarah estuviera en peligro era aterrador. Había pensado que ya no quedaba nada para él, pero ella había entrado en su vida en su hora más oscura y le había traído esperanza y luz. Risa y compasión. Incluso le había enseñado a apreciar a Inez. Damon maldijo de nuevo, tentado su suerte, utilizando su bastón para mantener apartados los arbustos mientras intentaba apresurarse sobre los guijarros que Donna había utilizado tan cuidadosamente para construir el camino entre su casa y su tienda.

Un suave susurro a su izquierda le indicó la posición de Sarah. Se abrió paso centímetro a centímetro hacia la puerta de la casa de Donna, utilizando los varios rododendros enormes para cubrirse. La señal de su mano fue clara: quería que él se agachara y se quedara donde estaba. Una idea humillante. Sara corriendo al rescate mientras él se escondía entre los arbustos. Lo peor era, que podía ver que ella era una profesional. Se movía como si lo fuera, y había sacado un arma de alguna parte. Encajaba en su mano como si estuviera familiarizada con ella, el arma era parte de ella.

Damon notó, después de todas sus largas charlas juntos, que no conocía a Sarah en absoluto. Su corazón, su mente y alma la deseaban y necesitaban, pero no la conocía. Cautivado, observó como ella ganaba el porche. Incluso el viento pareció inmovilizarse, conteniendo el aliento.

Sarah se volvió para levantar la mirada hacia el cielo, alzando los brazos hacia las nubes. Su cara estaba vuelta hacia la casa del acantilado. Damon tuvo una súbita visión de sus hermanas de pie sobre las almenas ante el mar embravecido, levantando los brazos al unísono con Sarah. Llamando al viento, llamando a los elementos para imponerles juntas su voluntad.

El viento gimió suavemente, cargando el sonido de una melodiosa canción, tan débil que no pudo captar las palabras pero sabía que las voces eran femeninas. Oscuras hebras envolvían las nubes en lo alto y el viento golpeaba la casa, sacudiendo ventanas y puertas. El cielo se oscureció amenazadoramente, gruesas gotas de lluvia golpearon el techo y el patio. Damon saboreó la sal en el aire. La lluvia parecía provenir del propio océano, como si el viento, en respuesta a la llamada de algún poder, hubiera conducido la sal del agua de mar y la extendiera sobre la tierra.

El viento retrocedió, reminiscencias de una ola, después golpeó de nuevo, esta vez con un rugido de rabia, apuntando hacia la entrada. Bajo el asalto, la puerta estalló hacia dentro, permitiendo que el viento aullador entrara en la cara. Sarah rodó tras él, mientras papeles y revistas volaban en todas direcciones, proporcionando una pequeña distracción. Ya estaba levantada sobre una rodilla con un solo movimiento, apuntando su arma.

- No quiero tener que dispararle, pero lo haré. - Dijo ella. Las palabras llegaron claramente hasta Damon aunque la voz fue muy baja. - Tire el arma y dele una patada alejándola de usted. - Damon se apresuró a subir los escalones

del porche. Podía ver que la mano que Sarah estaba firme como una roca. - Donna, no intentes moverte, una ambulancia está en camino. - Su mirada no abandonaba al hombre que estaba en pie sobre el cuerpo de Donna.

Damon podía ver el amasijo de la cabeza de Donna, la sangre mojaba la gruesa alfombra. Sus dedos se apretaron alrededor del bastón hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Pasó a sujetarlo con las dos manos. La furia le sacudió ante la visión de la mujer sobre el suelo y el hombre al que reconocía sobre ella.

- Damon. - La voz de Sara fue gentil pero dominante. - No.

Damon no había notado que había dado un paso agresivo hacia adelante. Sarah no había vuelto la cabeza, no había apartado su mirada alerta del atacante de Donna, pero de algún modo había sabido sus intenciones. Se obligó a sí mismo a recuperar el control.

- ¿Por qué atacaría a una mujer indefensa? - Preguntó Damon. Estaba temblando de furia, por la necesidad de venganza.

- No intentes razonar con él. - Aconsejó Sarah. - Oigo una sirena. ¿Te importaría ver si es el sheriff?

Damon se volvió y casi atropelló a Inez. La cogió cuando ella intentó apresurarse a acudir junto a Donna.

- No puedes colocarte entre Sarah y el hombre que atacó a Donna. - Dijo. Inez parecía ligera y frágil entre sus manos. Nunca le había parecido vieja, pero ahora podía ver la edad dibujada en su cara. Parecía tan ansiosa que temió por ella. Muy gentilmente la arrastró lejos de la entrada, haciéndola a un lado.

El viento soplaba a través de la habitación, enviando papeles sueltos una vez más al aire. Inez se estremeció y se extendió para cerrar la puerta a la fría brisa marina.

- ¡No! - La voz de Sarah fue afilada esta vez, algo impropio de ella.

Fue suficiente para estimular a Damon a entrar en acción. Mantuvo la puerta abierta a los elementos. Fue solo entonces cuando sintió la repentina corriente de poder que entraba con el viento. Débilmente podía oír, o imaginar que oía, el canto que llegaba procedente del océano... o de la casa del acantilado.

Estudió al asaltante de Donna, uno de los hombres que le había torturado. El hombre que había presionado el arma contra la cabeza de Dan y apretado el gatillo. ¿Por qué se quedaba simplemente inmóvil? ¿Era solo la amenaza que suponía el arma de Sarah?

A Damon no le cabía duda de que ella dispararía, ¿pero sería eso suficiente para intimidar a un hombre como este? Lo dudaba. Había algo más en la habitación, algo que sujetaba al asesino.

Una sensación de ligereza invadió su corazón, cargada con una sensación de paz. Sarah era una mujer de seda y acero. Era magnífica.

- Jonas está llegando. - Le susurró Inez a Damon. - Sarah va a tener problemas. Estará débil y enferma después de esto. No querrá que nadie la vea así.

Damon podía ver la aceptación de su relación con Sarah en la expresión de Inez. Le hizo sentir como si verdaderamente perteneciera a este sitio. La aprobación de Inez significaba más para él de lo que debería, le hacía sentirse parte de esta comunidad tan unida en vez de como extraño que siempre había

sido en todas partes.

Asintió con la cabeza, fingiendo entender, decidido a estar ahí para Sarah en la forma en que ella parecía estar siempre para todos los demás.

Jonas Harrington atravesó la puerta el primero, sus ojos duros y resueltos. Tuvo al asaltante de Donna esposado al momento. Sarah se cayó caer hacia atrás sobre los talones, con la cabeza inclinada. Se limpió el sudor de la frente con una mano temblorosa. Damon fue hacia ella inmediatamente, ayudándola a levantarse, obligándola a apoyarse en él cuando no quiso hacerlo, cuando se mostró preocupada por su cadera y su pierna.

Sarah recorrió el vestíbulo con la ayuda de Damon, encontrando una silla en la cocina donde poder sentarse. Levantó la mirada hacia él y le sonrió con afecto. Eso fue todo. Y lo era todo. Él le dio un vaso de agua, ayudándola a mantener las manos lo suficientemente firmes como para beberlo. Se recobró bastante rápidamente, pero permaneció pálida.

- ¿Tus hermanas sienten los mismos efectos?

Sarah asintió.

- No es lo mismo que lanzar un hechizo. Requiere una tremenda cantidad de nuestra energía retener a alguien contra su voluntad. No estaba en su naturaleza mostrarse pasivo. - Extendió una mano. - Estoy mejor. Necesito comer algo y dormir un rato. - Suspiró. - Prometí a Irene que visitaría a Drew esta noche pero no tengo fuerzas después de esto, no de la clase que necesitaría para ayudarles. - Su presión la punta de los dedos sobre las sienes. - En realidad no puedo hacer nada por Drew e Irene lo sabe. Prolongar su vida podría no ser lo mejor. Si al menos Libby estuviera aquí.

- Sarah. - Él habló con su tono más amable. - Déjalo por ahora. Déjame llevarte a casa, te prepararé una buena comida y podrás dormir. Yo mismo hablaré con Irene. Ella lo entenderá.

- ¿Cómo has sabido que mis hermanas me ayudaban?

- Las sentí. - Replicó él. - ¿Estás lo suficientemente fuerte como para hablar con el sheriff?

Ella asintió.

- Y quiero asegurarme de que Donna está bien.

Cuando volvieron al salón, Harrington ya tenía al asaltante de Donna en el coche patrulla. Donna estalló en lágrimas, aferrada a Sarah e Inez, haciendo que Damon se sintiera indefenso e inútil pero lleno de una profunda sensación de orgullo por Sarah y sus hermanas.

- ¿Por qué te atacó, Donna? - Preguntó Sarah.

- Noté que tenía tu pendiente, Sarah. El que Joley hizo para ti. Lo llevaba puesto. Era solo uno del par y pensé que debías haberlo perdido. Así que le pregunté por él. Me golpeó con fuerza y me arrastró fuera de la tienda por la parte de atrás hasta mi casa. Me hizo preguntas sobre ti y el señor Wilder.

Sarah presionó su mano contra la herida de Donna, solo durante un momento. Damon estudió su cara cuidadosamente, viendo como la piel palidecía hasta que se tambaleó ligeramente de debilidad. Sara se inclinó y besó la mejilla de Donna.

- Estarás bien. No te preocupes por la tienda, la cerraremos por ti.

- Yo voy al hospital con ella. - Dijo Inez, mirando fijamente a los

paramédicos como desafiándoles a negarse. Sostuvo la mano de Donna mientras la llevaban fuera.

- ¿Sarah? - Jonas Harrington estaba de pie esperando contra la pared. - ¿Tienes permiso para llevar un arma?

- Sabes que sí, Jonas. - Replicó ella. - Lo has visto más de una vez. Si, está en vigencia. Y no disparé a ese hombre, aunque me sentía inclinada con Donna tendida en el suelo sangrando. Y lleva puesto mi pendiente. Lo quiero de vuelta.

- Te lo devolveré. - Jonas se mostraba paciente. - Sé que estás cansada, pero necesito que respondas a unas preguntas.

- Ese es uno de los hombres que me secuestró. Es el que mató a mi asistente. - Explicó Damon. - Los otros dos deben estar en alguna parte del pueblo. No debería ser difícil encontrarlos ahora que le tenemos a él.

- Les encontraré. - La voz de Jonas era severa. - ¿Sarah, vendrás a la oficina más tarde y me darás una declaración completa? He enviado al sospechoso en el coche patrulla a la oficina. En realidad hay suficientes pruebas para su arresto y los federales van a llegar de todas partes tan pronto como se lo notifiquemos. Van a querer hablar con vosotros dos, así que será mejor que descanses mientras puedas.

Damon rodeó los hombros de Sarah con su brazo.

- ¿Puedes darnos un paseo hasta mi casa, Sheriff?

- Claro. Cerremos y salgamos de aquí antes de que a Sarah le fallen las rodillas y sus hermanas nos arrastren a los dos sobre brasas ardientes. Nunca las has visto en masa yendo a por ti. - Se estremeció. - Es una visión espeluznante, Wilder.

- Tú eres el único al que le ha ocurrido eso hasta ahora. - Señaló Sarah.

DAMON BAJÓ LA MIRADA hasta la cara dormida de Sarah. Estaba hermosa yaciendo allí en medio de su cama. Había estado allí de pie, apoyado contra la pared, desde hacía un rato, simplemente observándola. Guardándola. Parecía bastante tonto y melodramático cuando era ella la que tenía el arma y el entrenamiento, pero lo sentía tan necesario como respirar.

¿De dónde había llegado semejante riqueza de sentimientos? ¿Podía un hombre enamorarse profundamente de una mujer tan rápidamente? Ella era todo y más de lo que nunca había pensado o soñado. ¿Cómo podría alguien no amar a Sarah con su compasión, tolerancia y comprensión? Se preocupaba genuinamente por la gente de su pueblo. De algún modo esa profunda emoción estaba filtrándose en él.

Podían haberla matado. La idea le golpeó con fuerza. Un golpe físico en el fondo de su estómago. ¿Cómo era posible sentir tanto por una persona cuando acababa de conocerla? En toda su vida apenas había advertido a la gente, y mucho menos se había preocupado por sus vidas. Desde el momento en que había oído su nombre susurrado en el viento, supo, en lo más profundo, donde contaba, que ella cambiaría su vida para siempre.

Sus paseos juntos, todas esas veces en la playa, susurrando en su casa, o en la de ella, incluso pasar el tiempo con la familia de ella solo habían fortalecido lo que sentía.

Sarah abrió los ojos y la primera cosa que vio fue la cara de Damon. Estaba apoyado contra la pared más alejada, simplemente observándola. Podía ver su expresión claramente, deseo desnudo, mezclado con el conocimiento de su futuro juntos. Sus emociones eran afiladas y crudas y tan reales que le provocaban lágrimas. Damon no había esperado que ella le gustara, y mucho menos sentir nada por ella.

Extendió la mano hacia él.

- No te quedes ahí tan solo. Yo no estás solo y yo tampoco.

Él oyó la invitación en la voz y su cuerpo empezó a inquietarse de anticipación. Pero se quedó allí de pie bebiendo de ella. Deseándola de tantas formas, no sólo físicamente.

- Tú no, sabes, Sarah. Tú nunca has estado sola. Tú no me necesitas como yo te necesito a ti. Tienes una familia y te rodean de amor, calidez y apoyo. Nunca había tomado en consideración el valor de la familia y el amor. Compartir un día con alguien que te importa vale más que todo el oro del mundo. No sabía eso antes de conocerte.

Ella se sentó, estudiándole con una mirada fría. Evaluando. Le gustaba lo que veía. Damon no sabía por qué pero podía verlo en su cara.

- Entonces me alegro, Damon, si te he dado un regalo semejante. Mi familia es mi tesoro.

Él asintió. ¿Cómo sería despertar cada mañana y oír su voz? Había siempre una caricia en esa voz, una cualidad acariciante que sentía sobre la piel. Profundamente en su cuerpo.

- Y tú eres el mío, Sarah. No tenía ni idea de que era capaz de sentir esto por alguien.

Sarah sonrió. La sonrisa que parecía reservar para él. Iluminaba su cara y hacía que sus ojos brillaran, pero más aún, le iluminaba a él por dentro haciéndole arder con algo indefinible.

- Me has traído vida, Sarah. Me diste mi vida. Existía antes de conocerte, pero no vivía.

- Si, lo hacías, Damon. Eres un hombre brillante. Las cosas que creaste hacen nuestro mundo más seguro. Veo como se ilumina tu cara cuando me hablas de otras ideas que tienes y sus posibilidades. Eso es vivir.

- No tenía nada más que mis ideas. - Se enderezó de repente, alejándose de la pared, caminando hacia ella, con confianza en su cara. - Así es como escapé, en el interior de mi cerebro y las ideas interminables que pude encontrar allí. - Trazó las líneas clásicas de la cara de ella, de sus pómulos. Su boca generosa.- Quítate la blusa, Sarah, quiero verte.

Un débil sonrojo se mostró en las mejillas de Sarah pero sus manos fueron a las diminutas perlas de los botones de su blusa y lentamente empezó a abrirla.

A Damon se le quedó el aliento atascado en la garganta mientras la observaba. Sara no intentaba resultar sexy, nunca había nada afectado en ella, pero esta era la cosa más sexy que había visto nunca. Los bordes de la blusa comenzaron a separarse, revelando la cremosa exhuberancia de la carne bajo ella. Tenía un cuerpo de mujer, formado para complacer a un hombre con suaves curvas y líneas.

Sus pechos estaban cubiertos con fina lencería blanca. Sarah se puso en pie, su cuerpo muy cerca del de él. Damon sintió una oleada de calor que le arrebató, un relámpago danzando a través de su cuerpo. Su sangre espesándose y acumulándose. Su cuerpo se endureció casi hasta el punto del dolor. Lo abrazó, celebrando la intensidad de su necesidad por ella.

- Eres tan hermosa, Sarah. Por dentro y por fuera. Todavía no puedo creer que haya pasado de vivir en el infierno directamente al paraíso.

Ella se extendió hacia él.

- No soy así en absoluto, Damon. No soy verdaderamente hermosa, ni con un esfuerzo de imaginación. Ni siquiera estoy cerca. Y vivir conmigo no sería el paraíso. Soy charlatana y me gusta salirme con la mía.

Con exquisita ternura, él inclinó la cabeza para encontrar su boca. Durante un momento se perdieron el uno en el otro, transportados fuera del tiempo por la magia que fluía entre ellos. Cuando Damon levantó la cabeza para mirarla, sus ojos eran hambrientos. Necesitados. Posesivos.

- Para mí eres tan hermosa, Sarah. Nunca te veré de otro modo. Y por suerte para ti yo soy testarudo y bastante charlatán por mérito propio. Creo que son cualidades admirables.

- Eso si que es suerte. - Murmuró ella, permitiendo que sus pestañas cayeran y su cabeza se inclinara hacia atrás cuando él la empujó más cerca, la boca de Damon respiraba aire cálido y húmedo sobre su pezón justo a través del encaje blanco. Le acunó la cabeza con las manos mientras arqueaba el cuerpo, ofreciéndose tentadoramente, ofreciendo el cielo.

La boca de él resultó caliente y mojada cuando se acercó al pecho. El fuego corrió a través de ella, a través de él. Sara se entregó al placer sensual mientras la lengua trazaba y tentaba y la boca de él succionaba con fuerza justo a través del

encaje. Se tomó su tiempo, una perezosa y pausada exploración, sus manos le enmarcaron el cuerpo, utilizando las yemas de sus dedos como un hombre ciego trazaría cada curva y hueco. Memorizándola. Adorándola.

Sarah estaba perdida en la sensación. Ahogándose en ella. No pudo recordar como él le arrancaba los vaqueros, o siquiera como abría la cremallera. Pero su sujetador de encaje hacía mucho que había flotado hasta el suelo y de algún modo él consiguió bajarle los vaqueros por las caderas. En medio de una neblina de deseo y calor se libró de las últimas piezas de ropa.

Él nunca se apresuró, ni siquiera cuando su boca se fusionó una vez más con la de ella y Sarah intentaba arrancarle la camisa de los amplios hombros para poder sentir piel con piel. Él era paciente y concienzudo, decidido a conocer su cuerpo, a encontrar cada punto que la hiciera jadear de deseo. Sus manos se movían sobre ella, encontrando las sombras y huecos, trazando sus costillas amorosamente. Permitted que Sarah le arrancara la ropa del cuerpo, aparentemente sin notarlo o preocuparse por ello, tan completamente atrapado por las maravillas de darle placer. Adoraba los pequeños jadeos y suaves gritos que llegaban de las profundidades de la garganta de Sarah.

Sarah. Tan responsable y entregada. Debería haber sabido que sería una amante generosa, fundiéndose con él tan completamente, entregándose a sí misma interminablemente. Su caritativo regalo solo le hacía desear ser igualmente generoso. Por primera vez sus cicatrices no fueron algo que le avergonzara y tuviera que esconder. Cuando los dedos de ellas las trazaron, no hubo reluctancia, ni interrupción de recuerdos desagradables de tortura y asesinato. Ella apaciguó su cuerpo, acarició su piel, despertándole aún más, ansiosa por tocarle, deseándole con la misma urgencia con que él la deseaba.

La bajó lentamente hasta las sábanas, siguiéndola hacia abajo, colocando su cuerpo sobre el de ella. Su cara era hermosa mientras le miraba. La besó en los ojos, la punta de la nariz, las comisuras de la boca.

Tocara donde tocara dejaba llamas a su paso. Sarah quedó sorprendida por al pura intensidad del fuego. Era tan pausado, se tomaba su tiempo, pero ella ardía en llamas, quemándose por dentro y por fuera, deseosa de sentir su cuerpo dentro de ella. Oyó su propia voz, una suave súplica de piedad cuando sus labios le mordisquearon el ombligo, siguiendo más abajo. Sus manos se movían con seguridad, encontrando la cara interna de los muslos, el calor húmedo que esperaba por él entre la unión de sus piernas.

- Damon. - Apenas pudo respirar su nombre. El aliento parecía haber abandonado permanentemente su cuerpo. No había suficiente aire en la habitación.

Los dedos de él empujaron profundamente en su interior, una caricia de sensualidad que la volvió loca. Todo pensamiento cuerdo que alguna vez hubiera tenido se desvaneció. Oyó un rugido en su cabeza cuando su boca encontró la de ella, reclamándola, haciéndola suya. Sarah no podía mantener las caderas inmóviles, se retorció hasta que los brazos de él la atraparon, mientras su ardiente boca la devastaba y una oleada tras otra de placer ondeaba a través de su cuerpo con la fuerza de un océano atronador. Enredó los dedos entre su pelo, su única ancla para mantenerse unida a la tierra mientras su espíritu volaba libre, jadeando su nombre.

Damon se movió entonces, cubriéndola completamente, sus caderas colocadas contra las de ella. Era grueso, duro y palpitante a causa de su propio deseo. Empujó profundamente dentro de ella, su voz ronca cuando gritó mientras el placer le engullía. Ella era cálida y apretada, un puño de terciopelo que se cerraba a su alrededor, aferrándole con un fuego que nunca había conocido. Sarah. Mágica Sarah.

Empezó a moverse. Sin apresurarse nunca. ¿Por qué apresurarse su primera vez con Sarah? Quería que el momento durara para siempre. Estar siempre juntos. Adoraba observar su cara mientras se movía dentro de ella. Mientras su cuerpo se hundía profundamente y el cuerpo de ella le tomaba en su santuario secreto de calor y alegría. Las caderas de ella se elevaron para unirse a él, igualando su ritmo, inclinándose para tomarle más y más profundamente con cada estocada, deseando cada centímetro de él. Deseando su posesión tanto como él la deseaba a ella.

El fuego sólo siguió aumentando. Él se mantuvo completamente controlado durante un momento, seguro, celebrándolo, y después el placer fue casi demasiado para poder soportarlo, golpeándole con la fuerza de un tren de mercancías, empezando en la punta de los pies y propagándose hasta su cabeza. Su voz se elevó con la de ella, fundidas y en perfecta unión.

Pudo sentir las sacudidas finales en ella, apretándose a su alrededor, atrayéndole más cerca. Yacían juntos, sin atreverse a moverse, incapaces de moverse, sus corazones salvajes y sus pulmones hambrientos de aire, los brazos enredados con fuerza alrededor del otro. La brisa del océano era gentil en la ventana, susurrando sonidos consoladores mientras el mar les cantaba con olas ondeantes.

Damon encontró paz. Ella tendida entre sus brazos, ocasionalmente alzándose lo suficiente como para besarle el pecho, su lengua trazando una cicatriz. Cada vez que lo hacía, su cuerpo se tensaba en respuesta y ella respondía con otro estremecimiento. Estaban fundidos tan completamente, tan firmemente unidos que no podía decir donde empezaba él o terminaba ella.

- Quédate conmigo el resto del día, Sarah. Toda la noche. Podemos hacer lo que quieras. Sólo quédate conmigo. - Se alzó sobre los codos para librarla de la mayor parte de su peso. Quería que permanecieran unidos, un cuerpo, compartiendo la misma piel, absorbiéndola.

Ella alzó la mano para trazarle las líneas de la cara.

- No puedo pensar en ningún otro sitio donde quisiera estar o ninguna otra persona con quien pasar el tiempo.

- ¿Te preguntas por qué me elegiste? He dejado de hacerme esa pregunta y solo lo acepto. Estoy agradecido, Sarah.

- Te miro y simplemente lo sé. ¿Quién puede decir por qué un corazón pertenece a otro? Yo tampoco me hago esa pregunta a mí misma, Damon. Solo agradezco que la verja se abriera para ti. - Se rió con repentina diversión. - Se me ha ocurrido que podrías estar seduciéndome para intentar conseguir el secreto del barniz.

Él enredó sus dedos con los de ella, extendiéndole los brazos sobre la cabeza.

- Parece una buena idea. Quizás uno de estos días seré capaz de hablar



mientras te hago el amor y podré intentar arrancarte el secreto.

- Buen plan; podría funcionar, también, si yo pudiera hablar mientras me haces el amor. - Jadeó cuando él bajó la cabeza hasta su pecho. - Damon. - Su cuerpo estaba hipersensible, pero se arqueó bajo el calor de su boca.

- Lo siento, luces tan tentadora, no puedo contenerme. ¿Qué te parece si te quedas simplemente tendida aquí sin nada de ropa mientras yo enciendo el fuego y cocino algo para que comas? No estoy seguro de poder soportar que te vuelvas a poner la ropa. - Sus dientes rasparon hacia atrás y adelante sobre el pecho. La lengua humedeció un pezón.

El cuerpo entero de Sarah se apretó, cada músculo se tensó.

- ¿Sólo quieres que me quede aquí tendida esperando por ti?

- Esperando ansiosa por mí. - Corrigió él. - Que me necesitaras sería bueno. No me importaría que te quedaras aquí en mi cama pensando en mi cuerpo enterrado en el tuyo.

- Ya veo. Yo creo que sería mejor si te siguiera, te mirara, tocándote mientras trabajas. Inspirándote. Tengo mis formas, ya sabes, de inspirarte.

Había una nota malvada en su voz que hizo que todo el cuerpo de Damon fuera consciente de lo receptiva y preparada que estaba. Al momento estaba una vez más duro como una roca, hinchado de deseo. Observó los ojos de ella abrirse de par en par con complacida sorpresa. El deseo se extendió a través de ambos, pura dicha.

- Nunca me he sentido así con ninguna otra mujer, Sarah. Sé que no es posible. Creo que realmente podrías caminar sobre el agua.

- Para ser un hombre que pasa un montón de tiempo en un laboratorio, sabes mucho sobre mujeres. - Señaló ella. Él se movía con esa exquisita lentitud que utilizaba para llevarla directamente más allá del límite. La fricción sobre su cuerpo ya sensible la volvía del revés. No importaba cuantas veces rebasara el límite, Damon se movía casi con perfecta sincronía, sabiendo perfectamente lo que ella necesitaba. Lo que deseaba.

- Puedo leer tu cara y tu cuerpo. - Dijo él. - Adoro eso, Sarah. No rechazas nada de mí.

- ¿Por qué debería? - ¿Por qué querría hacerlo cuando las recompensas eran tan grandes? Si Damon era el hombre que el destino insistía que sería el amor de su vida, su mejor amigo y compañero, estaba dispuesta a aceptar cualquier cosa que él tuviera para dar.

Sarah adoraba el sonido de su voz, la forma inteligente y pensada con que acometía cada tema. Y adoraba su completa honestidad. Encontraba esa misma pura honestidad en su forma de hacer el amor. Se entregaba a sí mismo a ella, incluso mientras la toma a ella para sí. Sentía su posesión profundamente en el alma, calcificada en sus mismos huesos.

Esa paciente minuciosidad y después, cuando estavo completamente excitado, su cuerpo se convirtió en una fuerza motriz, cada estocada dura, rápida e insistente, llevándolos a ambos a volar en lo alto sobre el mar, libres... cayendo a través del tiempo y el espacio hasta que ninguno de los dos pudo volver a moverse.

Damon la sostuvo entre sus brazos, acurrucado junto a ella, no deseando terminar con esta cercanía entre ellos. Ambos estaban completamente saciados

por el momento, exhaustos, respirando con esfuerzo, aunque al mismo tiempo sentían esa misma sensación de paz absoluta.

- Sarah. - Susurró su nombre, un tributo más que otra cosa.

- Todas esas cosas que sientes por mí. - Dijo ella, acurrucándose más cerca de él. - Yo las siento por ti. No deseo a nadie más en mi vida al igual que tú. Algunas veces me canso de dar danto de mí misma a la gente, pero no puedo contenerme. Entonces busco lugares donde estar a salvo, lugares donde estoy sola y puedo acurrucarme en un agujero de desaparecer un rato.

- Ahora me tienes a mí. Seré tu santuario, Sarah. No me importa correr a interferir cuando necesites recomponerte. - Sonrió contra las sienes de ella. - Nunca he tenido problemas con eso dar órdenes. Siempre he tenido dificultades para comunicarme con la gente. Nunca entendían de qué estaba hablando y eso me volvía loco. Algunas veces cuando tienes una idea y la ves tan clara y sabes que tienes razón, simplemente tienes que compartirla con los demás. Pero nunca había nadie ahí.

Sarah le besó la punta de los dedos.

- Puedes contarme cualquier idea que te venga a la cabeza, Damon. Te admiro. - Su sonrisa estaba en su voz. - Y yo soy muy buena en lo que a comunicación se refiere así que nunca tendrás que preocuparte por eso.

- Lo he notado. - Dijo él. - Hablando de comunicación, me he asegurado de que las cortinas no puedan abrirse... las uní con alfileres sólo por si acaso alguna de tus hermanas decidía subir a las almenas para mirar por el telescopio.

Sarah rió justo como él sabía que haría.

- Saben que estoy contigo. No invadirían nuestra privacidad cuando realmente estamos haciendo el amor. Simplemente les encanta tomarme el pelo. Tendrás que soportar mucho de eso mañana.

A Damon no le importaba en absoluto. Apretó los brazos alrededor de ella y se dio cuenta de que esperaba con ilusión cualquier cosa que las hermanas quisieran prepararle.

- DE ACUERDO, ¿alguien ha leído realmente esa profecía? - Exigió Kate mientras caminaban por la acera hacia la casa de Irene. La niebla era espesa y pesada, cayendo sobre el mar y la mayor parte del pueblo como una manta. - Porque yo si y no son buenas noticias para el resto de nosotras.

- No me gusta como suena eso. - Dijo Hannah. - Quizás no deberíamos preguntar. ¿La Ignorancia puede mantenernos a salvo?

- ¿Qué profecía? - Preguntó Damon curioso. Habían pasado la mañana juntos desde el desayuno, habían estado burlándose de él implacablemente, haciendo que Sarah se ruborizara y escondiera la cara contra su pecho. Se había sentido como anticipaba... parte de una familia... y la sensación no tenía precio.

Sarah rió con malévolo deleite.

- Todas pensasteis que era tan divertido cuando me estaba ocurriendo a mí, pero yo me la he leído toda. Sé lo que os espera al resto. Una por una caeréis como fichas de dominó.

Abbey le hizo una mueca.

- No todas, Sarah. Yo no creo en el destino.

Las otras chicas estallaron en risas. Sara deslizó su mano en la de Damon.

- La profecía es esa horrible maldición que se puso sobre las siete hermanas. Bueno, nosotras creemos que fue una maldición. No estoy segura ahora que te he conocido.

Las cejas de él se arquearon.

- Ahora si que siento curiosidad. ¿Yo estoy envuelto en esa profecía de algún modo?

Las cuatro mujeres rieron de nuevo. El sonido hizo que las cabezas se volvieran a lo ancho y alto de la calle.

- Tú eres la profecía, Damon. - Dijo Kate. - La verja se abrió para ti.

Sarah le hizo una pequeña sinopsis de la cita:

- Siete hermanas entrelazadas, controlando los elementos de la tierra, el mar, y el aire, no pueden controlar el destino del que huyen. Una por una, de la mayor a la última, el destino las encontrará. Cuando la verja cerrada se abra en bienvenida, la primera encontrará el amor verdadero. Hay mucho más, pero básicamente eso es lo que dice, una por una el resto de las hermanas deberán casarse.

Las tres hermanas de Sarah mascullaron, gruñeron y sacudieron las cabezas. Damon estalló en carcajadas.

- Tienes que casarte conmigo, ¿verdad? Me he estado preguntando como iba a arreglármelas para retenerte, pero no tienes elección. Me gusta esa profecía. ¿Dice algo sobre esperar haciendo equilibrios sobre una mano y un pie?

- Absolutamente no. - Replicó Sarah y miró a sus tres hermanas que reían. - Esperad a ver... vosotras tres, incluso tú, Abbey, vais a verme reír a mí. - Apretó los dedos alrededor de la mano de Damon. - Todas hicimos un pacto cuando éramos niños para mantener la verja cerrada y nunca correr el riesgo y así poder ser independientes y libres. A todas nos gustó siempre nuestra vida juntas... y pobre Elle... la idea de tener siete hijas es bastante aterradora.

- Gracias a Dios Elle se queda con todos los niños. - Dijo Abbey. - Yo voy a

tener uno, y sólo porque si no lo hago el resto de vosotras me volveréis loca.

- ¿Por qué Ellen tiene que tener siete hijas? - Preguntó Damon.

- La séptima hija siempre tiene siete hijas. - Explicó Kate. - Ha sido así durante generaciones. He estado leyendo la historia de la familia Drake y lo he encontrado durante años, en todas las generaciones, al menos tenemos un legado de matrimonios felices. - Sonrió a Damon. - Hasta ahora no he visto nada que indicara que había que esperar al hombre sobre una mano y un pie pero seguiré buscando.

- Mientras estás en ello, ¿podrías echar un ojo buscando la tradicional obligación de obedecer al marido? - Preguntó Damon. - Siempre pensé que esa palabra era crucial en la ceremonia de matrimonio. Sin ella, un hombre no tiene la más mínima oportunidad.

- Sigue soñando. - Dijo Sara. - Eso nunca ocurrirá. El inconveniente de que hayas estado encerrado en un laboratorio mal ventilado toda tu vida se está haciendo evidente. La desilusión llega tarde o temprano.

Pasaban ante una casa pequeña y acogedora con un gran patio delantero rodeado por la proverbial valla blanca. Una pareja mayor trabajaba en una fuente en medio de un lecho de flores. Sarah se detuvo de repente, volviendo atrás para mirar hacia la casa y la pareja. Una sombra reptaba por el tejado. Un indicio de algo visible, después se perdió en la niebla.

- Sólo será un minuto. - Saludó a la pareja mayor y ambos se pusieron en pie inmediatamente y fueron hacia la valla.

Las hermanas de Sarah se miraron las unas a las otras ansiosamente. Damon siguió a Sarah.

- No es necesario hablar con cada habitante del pueblo. - Aconsejó a la espalda de Sarah. Ella ignoró su buen juicio y emprendió una conversación con la pareja de todos modos. Damon suspiró. Tenía el presentimiento de que iba a estar siguiendo a Sarah y hablando con todos los que conocían durante el resto de su vida.

- Sarah, oí que habías vuelto. ¿Va todo bien? No te he visto desde, ¿cuanto hace? ¿dos años? - La anciana hablaba mientras saludaba a las hermanas.

- Señora Darden, estaba admirando su patio. ¿Han remodelado la casa recientemente?

Los Darden se miraron el uno al otro y después otra vez a Sarah. El señor Darden se aclaró la garganta.

- Si, Sarah, el salón y la cocina. Nos llegó algo de dinero y siempre quisimos arreglar la casa. Es exactamente lo que queremos hacer ahora.

- Eso es maravilloso. - Se frotó la nuca y levantó la mirada hacia el techo. - He visto que han quitado tejas. ¿Están retechando?

- Tuvimos goteras este invierno, Sarah. - Dijo el señor Darden. - Perdimos un árbol hace unos meses y una rama golpeó la casa. Tenemos problemas desde entonces.

- Parece que está haciendo el trabajo usted mismo. - Observó Sarah y se frotó la nuca por segunda vez.

Damon extendió la mano para masajearle el cuello con dedos gentiles. La tremenda tensión que sintió en su cuello y hombros le mantuvo en silencio.

Asombrado.

- He oído que Lance hace unos techos maravillosos, señor Darden. Es rápido y garantiza su trabajo. No debería estar trepando por el techo, malgastando su tiempo cuando podría estar trabajando en el jardín. - Volvió la cabeza ligeramente para mirar a Damon. - El señor Darden famoso por su jardín y sus flores. Gana cada año en la feria con sus híbridos.

Damon podía ver la sombra en los ojos de ella. Le sonrió, inclinándose hacia adelante para rozar un beso gentil en su coronilla cuando ella se volvió otra vez hacia los Dardens.

- Probablemente Lance necesita el trabajo y le estará haciendo un favor.

La señora Darden tiró de la mano de su marido.

- Gracias, Sarah, es un buen consejo y lo seguiremos. Me he estado preocupando porque Clyde estuviera subido a ese techo pero... - Su voz se desvaneció.

- Creo que tienes razón, Sarah. - Estuvo de acuerdo el señor Darden de repente. - Creo que llamaré a Lance enseguida.

Sarah se encogió de hombros con estudiada despreocupación pero Damon sintió que sus hombros se aliviaban.

- No puedo esperar a la feria de este año para ver sus preciosas aportaciones. En realidad quería que conocieran a Damon Wilder, un amigo. Compró la vieja casa Hanover. - Sonrió dulcemente a Damon para incluirle. - Sé que están ustedes con frecuencia en el jardín y trabajando en su precioso patio... ¿han notado a algún desconocido por los alrededores que estuviera haciendo preguntas o les hiciera sentir incómodos?

Los Darden se miraron el uno al otro.

- No, Sarah, no puedo decir que los viera. - Respondió la señora Darden. - pero estábamos estrictamente ocupados en nuestros asuntos. Ya sabes que yo siempre he creído en mantenerme lejos de los asuntos de mis vecinos.

- Es solo que como trabajan tanto fuera he pensado que podrían mantener un ojo abierto por mí y llamarme si algo les parece sospechoso. - Dijo Sarah.

- Puedes contar con nosotros, Sarah. - Dijo el señor Darden. - ¡Acabo de comprarme un par de prismáticos y sentado en mi porche delantero tengo una buena vista de toda la calle!

- Gracias, señor Darden. - Dijo Sarah. - Eso sería maravilloso. Nosotros vamos ahora de camino a visitar a Irene y Drew.

La sonrisa palideció en la cara de la señora Darden.

- Oh, es tan triste, Sarah, espero que puedas ayudarles. ¿Cuándo vuelve Libby a casa? Ella sería de gran ayuda. ¿Qué está haciendo estos días?

- Libby está en otro continente ahora mismo, señora Darden. - Dijo Sarah. - Está bien. Esperamos que pueda volver a casa pronto. Le diré que ha preguntado por ella.

- Oímos las terribles noticias sobre Donna. - Continuó la señora Darden. - ¿Están esos desconocidos implicados en su ataque? Oí que disparaste a uno de ellos. No puedo creer en la violencia como una norma, Sara, bueno, ya sabes eso, pero espero que le hicieras suficiente daño como para que se lo piense dos veces antes de volver a atacar a otra mujer.

- Donna estará bien. - La tranquilizó Sarah. - y no le disparé.

La señora Darden palmeó el hombro de Sarah.

- Está bien querida, lo entiendo.

Sara se volvió alejándose con un saludo alegre. Las hermanas rompieron a reír a carcajadas. Damon sacudió la cabeza incrédulamente.

- Cree que disparaste a ese hombre. Incluso ahora, contigo negándolo, cree que le disparaste.

- Cierto. - Sarah le paralizó con una mirada acerada. - También cree que alguien me vio caminar sobre las aguas. ¿Ahora quién podría haber empezado ese rumor?

Hannah tiró de la manga de Damon de forma burlona, todo un gesto de afecto viniendo de ella.

- Ese fue bueno, Damon, ojalá se me hubiera ocurrido a mí.

Kate echó la cabeza hacia atrás y rió, su salvaje melena soplada por la ligera brisa.

- Ese no tiene precio. Y deberías oír lo que dicen de ti. El rumor es que eres algún famoso mago que ha estado enseñando a Sarah.

- Ahora en serio. - Objetó Sarah. - al menos podrían haber dicho que él ha estaba aprendiendo de mí. Maldito chovinismo todavía levanta su fea cabeza en este siglo.

Damon podría sentir un brillo que se propagaba. Se sentía parte de su familia. Su lugar estaba con ellas, en medio de sus risas y su camaradería. No se sentía un extraño que mirara desde el exterior, como había pasado la mayor parte de su vida. Las hermanas de Sarah parecían aceptarle bien dispuestas en sus vidas e incluso en sus corazones. La tolerancia y la aceptación parecían ser una gran parte en la familia de Sarah. De repente se le ocurrió, incluso con una amenaza colgado sobre su cabeza, que había pasado menos tiempo pensando en el trauma pasado y más en el presente y el futuro de lo que había hecho en meses.

- Creo que me gusta ser considerado un mago. - Filosofó Damon.

- Sarah dice que eres un cerebro. - Kate ondeó una mano saludando hacia Jonas Harrington cuando se cruzó con ellos en su coche patrulla.

- ¿Qué estás haciendo? - Siseó Hannah, bajando de una palmada la mano de Kate. - No seas agradable con ese idiota. Deberíamos hacerle conducir hasta una zanja o algo parecido.

- No te atrevas. - Dijo Sarah a su hermana severamente. - Lo digo en serio, Hannah, no puedes utilizar nuestros dones para la venganza. Solo para el bien. Especialmente ahora.

- Sería para el bien. - Señaló Hannah. - Eso enseñaría a ese hombre horrible algunos modales. No le mires. Y Damon, deja de sonreírle. No queremos que se pare a charlar. - Dejó escapar un gruñido de disgusto desde el fondo de la garganta cuando el coche patrulla aparcó junto a la acera delante de ellos. - ¿Veis lo que habéis hecho? - Lanzó las manos al aire cuando Harrington salió del coche. Una súbita ráfaga de viento le quitó al sheriff el sombrero de la cabeza y lo envió volando erráticamente por la cuneta.

- Muy divertido, Muñeca. - Dijo Harrington. - Tienes que pavonearte, ¿verdad? Supongo que esa cara bonita tuya no es suficiente para llamar la atención.

Kate y Sarah pusieron ambas una mano inhibidora sobre el brazo de Hannah. Sarah se colocó ligeramente entre el sheriff y su hermana.

- ¿Le has sacado algo a tu prisionero, Jonas? - Su voz fue cuidadosamente amable.

Jonas continuó atravesando a Hannah con su fría mirada de hielo.

- No mucho, Sarah, y todavía no hemos localizado a los otros dos hombres que dices estaban en casa de Wilder la otra noche. Podías haberme llamado en vez de encargarte por tu cuenta.

Hannah se removió como si quisiera protestar. Damon pudo ver el pequeño temblor que corrió atravesando su cuerpo pero sus hermanas la rodearon protectoramente acercándose a Hannah y ella se quedó quieta.

- Si, la próxima vez, Jonas, lo haré: dejar a tres hombres armados y entrenados en la ventana, espionando la casa, mientras voy a buscar un teléfono y te llamo. Demonios, esos teléfonos móviles simplemente no parecen funcionar en la costa la mayor parte del tiempo, ¿verdad? - Sarah sonrió directamente a través de su sarcasmo. - La próxima vez conduciré hasta una lugar alto y te haré una llamada antes de ocuparme por mi cuenta.

La mirada de Jonas no abandonó la cara de Hannah.

- Hazlo, Sarah. - Se puso los puños en las caderas. - ¿Alguno de vosotros ha considerado que podrían haber matado a Sarah? ¿O cómo me sentiría yo si encontrara su cuerpo sin vida? ¿O si tuviera que ir a vuestra casa a contaros que estaba muerta? Porque yo pensé en ello un montón la otra noche.

- Yo pensé en ello. - Dijo Damon. - Al menos en lo de que Sarah podría haber muerto por mi culpa. - Extendió la mano para colocar sus dedos posesivamente alrededor de la nuca de ella. - Me asustó a muerte.

Kate y Abbey intercambiaron miradas con Hannah.

- Yo no pensé en eso. - Admitió Kate. - Ni una vez.

- Muchas gracias, Jonas. - Dijo Sarah. - Ahora todos van a estar volviéndome loca, queriendo que cambie de profesión. Soy una experta en seguridad.

- Podrías ser modelo, pero creo que eso sería ir demasiado lejos, Sarah. - Replicó Jonas. - Una bibliotecaria a mí me suena bien.

Hannah apretó los dientes pero permaneció en silencio. El viento sopló atravesando la calle, lanzando el sombrero del sheriff hacia una boca de tormenta. Aterrizó en un oscuro charco de agua y desapareció de la vista.

Harrington maldijo en voz baja y caminó de vuelta a su coche, con los hombros tensos de rabia.

- Hannah. - Regañó Kate gentilmente. - Eso no fue muy amable.

- Yo no lo hice. - Protestó Hannah. - Yo habría derribado el roble pero lo habría llevado bajo él primero.

Abbey y Kate miraron hacia Sarah. Ella simplemente arqueó una ceja.

- Creo que Irene y Drew están esperando.

Damon estalló en carcajadas.

- Puedo ver que tendré que vigilarte todo el tiempo.

¿Por qué parecía perfectamente normal que las hermanas Drake pudieran dar órdenes al viento? Incluso Harrington lo aceptaba como un fenómeno normal.

Se detuvieron delante de la casa de Irene. Damon pudo ver que todas las

mujeres cuadraban los hombros como si acudieran a la batalla.

- Sarah, ¿qué crees que podéis hacer por Drew? Seguramente no podéis curar lo que tiene.

La pena se arrastró hasta los ojos de ella.

- No, desearía tener ese don. Libby es la única que realmente tiene el don de curar. La he visto obrar milagros. Pero la agota y no nos gusta que lo haga. Siempre hay un precio, Damon, cuando utilizas un don.

- ¿Así que no vais a conjurar hechizos con sapos e hígados de dragón? – Hablaba medio en serio. Podía conjurar fácilmente la visión de todas ellas montadas sobre escobas, volando por el cielo nocturno.

- Bueno... - Abbey dejó caer la palabra, mirando traviesamente de una hermana a otra. - Podemos y lo hacemos cuando la situación lo requiere. Las Drakes se han dejado las unas a las otras recetas y hechizos durante cientos de años. Preferimos utilizar nuestro poder interior, pero conjurar entra dentro de las normas.

- Tú nunca me dejas. - Gruñó Hannah.

- No, y nosotras no vamos a hacerlo tampoco. - Dijo Sarah firmemente.- En realidad, Damon, para responder a tu pregunta, esperamos evaluar la situación y quizás conseguir para Drew un poco más de tiempo. Si su calidad de vida es realmente mala, preferiremos no interferir. ¿De qué serviría alargar su dolor? En ese caso, aliviaremos su sufrimiento lo mejor que podamos y dejaremos el resto a la naturaleza.

- ¿Irene cree que podéis curarle? - Preguntó Damon, súbitamente preocupado. Comprendía la terrible responsabilidad que tenían las Drakes. Las gentes del pueblo estaban acostumbradas a sus excentricidades y creían que podían obrar milagros.

- Quiere creerlo. Si Libby y mis otras hermanas estuvieran aquí, todas juntas podríamos ser realmente de alguna ayuda, pero así lo más que podemos hacer es ralentizar las cosas para comprarle algo de tiempo. Averiguaremos lo que quiere Drew. Tendrás que distraer a Irene por nosotras. Llévatela a la cocina y que nos haga limonada y algunas de sus famosas galletas. Estará ansiosa, Damon, así que tendrás que esforzarte realmente. Necesitamos tiempo con Drew.

La mirada de él se entrecerró mientras estudiaba la cara seria de Sarah.

- ¿Y qué hay de ti y tus hermanas? ¿Os vais a poner enfermas como tú la última vez?

- Solo si trabajamos en él. - Dijo Sarah. - Entonces no sé como nos llevarás a todas a casa. Tendrás que pedir a Irene que nos lleve de vuelta en coche.

- Deberíamos haber pensado en traer el coche. - Agregó Kate. - ¿Pensáis que es un mal presagio? Quizás no haya nada que podamos hacer.

- No pienses así, Kate. - La reprendió Abbey. - A todas nos encanta caminar y es divertido estar juntas. Podemos hacer esto. Si tenemos suerte podremos conseguir a Drew tiempo suficiente como para que resista hasta que Libby vuelva a casa.

- ¿Libby viene de vuelta? - Preguntó Damon.

- No lo sé, Damon. - Dijo Hannah, con las cejas arqueadas. - eso más bien depende ahora de tí, ¿verdad?

- ¿Por qué de mí?



- Creía que habías dicho que era uno de los hombres más inteligentes del planeta. - Su burló Kate. - ¿No diseñaste algún sistema de defensa de alto secreto?

Damon miró fijamente a las mujeres, a Sarah.

- Si lo hubiera hecho y fuera alto secreto, nadie lo sabría, ¿no es así?

Hannah rió.

- No te enfades, Damon, Sarah no nos lo contó. Compartimos conocimientos, una especie de piscina colectiva. No puedo decirte como funciona, solo que todas la tenemos. Ella nunca nos habría proporcionado ese tipo de información, ni siquiera a nosotras. Solo ocurre. Ninguna de nosotras diría nada, bueno. - Rodeó el seto. - Excepto para burlarnos de ti.

- ¿Entonces, por qué depende de mí que Libby vuelva o no a casa?

- Volverá a casa si hay una boda. - Señaló Kate con una amplia sonrisa.

DAMON MIRÓ A SU ALREDEDOR a las cuatro caras pálidas. Cada una de las hermanas Drake estaba tendida sobre un sillón o derrumbada sobre una silla, con el cansancio escrito en las líneas de su cara. Por un momento se sintió indefenso en medio de su debilidad, sin saber que hacer por ellas. Se habían sentado en el coche de Irene, sin hablar, con caras blancas y cuerpos temblorosos. Apenas se las había podido arreglar para ayudarlas a entrar en la casa del acantilado.

El teléfono sonó, el ruido resonó en la completa quietud de la casa. Las mujeres no se movieron o se volvieron hacia el sonido así que Damon cogió el receptor.

- ¿Sí?

Hubo una larga pausa.

- Tú debes ser Damon. - La voz era como una caricia de terciopelo. - ¿Qué les pasa? Puedo sentir las desde aquí. - La voz no decía donde era "aquí".

- ¿Eres una hermana?

- Por supuesto. - Ahora impaciencia. - Elle. ¿Qué les pasa?

- Fueron a casa de Irene a ver a Drew. - Damon pudo oír puro alivio en el pequeño suspiro del otro lado de la línea.

- Hazles un té dulce. Hay una lata en la alacena justo sobre la estufa, marcada como MÁGICO.

Damon llevó el teléfono con él a la cocina.

- Echa un par de cucharillas del polvo en la tetera y deja que el té hierva. Eso ayudará. ¿La casa está caldeada? si no, caldéala: enciende un fuego y utiliza el hornillo, lleve el tiempo que lleve. ¿Cuándo es la boda?

- ¿Tan pronto como tú y tus hermanas volváis a casa? - Preguntó Damon.

- Sabes que debería estar enfadada contigo. No ese quemador, utiliza el de atrás. Esa es la lata correcta.

- No veo que diferencia hay entre un quemador u otro, pero vale ¿y por qué deberías estar molesta conmigo? - Ni siquiera se preguntó como sabía ella qué estaba haciendo o que quemador estaba utilizando. Se lo tomó como algo corriente.

- Por supuesto estoy concentrada en ello, en el quemador quiero decir. Como para estar molesta, creo que has comenzado algo sobre lo que no tenemos control. No tengo intención de encontrar a un hombre por el momento. Tengo cosas que hacer en mi vida y un hombre no encaja en ella, muchas gracias. La tetera está en el cajón de la izquierda del fregadero. - Hablaba como si pudiera verle probar los cajones en busca de la pequeña tetera para servir el té.

La casa se sacudió. Tranquilidad. Un estremecimiento de alarma recorrió a Damon.

- ¿Qué ha sido eso? - Elle sonaba ansiosa de nuevo.

- Quizás un terremoto. Uno menor. Tengo la lata, la tetera está lista con el polvo, ¿dos cucharadas de esto? ¿Lo has olido últimamente? - Damon se sintió tentado a probarlo. - No es hígado de dragón, ¿verdad?

Elle rió.

- Eso lo reservamos para Harrington. Cuando se deja caer por ahí se lo

ponemos en el café.

- Realmente siento pena por ese hombre. - Para su asombra la tetera chilló ruidosamente casi inmediatamente. Vertió el agua en la pequeña tetera y le tiró encima un paño para añadir calor. - ¿De verdad vas a tener siete hijas? - Preguntó curioso, sorprendido de que alguien pudiera siquiera considerar la idea. Le asombraba estar hablando tan cómodamente con una perfecta desconocida.

La casa se sacudió una segunda vez. Una rama arañó la pared exterior con un sonido extraño. El viento gimió y sacudió las ventanas.

- Así lo dice la profecía. - Replicó Elle con un pequeño suspiro de resignación. - ¿Damon, algo más va mal por ahí?

- No, solo están muy cansadas. - Damon vertió el té en cuatro tazas y las colocó sobre una bandeja. - Y la casa sigue sacudiéndose.

- Cuelga y llama a la oficina del sheriff. - Dijo Elle con urgencia. - Hazlo ya.

Él captó la repentina alarma en su voz y un escalofrío bajó por su espina dorsal. Al diablo todas ellas con sus tonterías psíquicas. En realidad nada iba mal, ¿verdad?

Los perros ladraban con cruel desafío. Los animales estaban en el patio delantero, dentro de la valla, pero estaban lanzando sus cuerpos contra la puerta delantera con tanta fuerza que la madera amenazaba con astillarse. Damon hizo lo que Elle ordenaba y telefoneó a la oficina del sheriff pidiendo ayuda.

Nadie gritó. La mayoría de las mujeres podrían haber gritado en esas circunstancias pero ninguna de ellas lo hizo. Cuando llevó la bandeja al comedor, las cuatro hermanas Drake estaba tranquilamente sentadas en sus sillas. Él ignoró a los dos hombres de pie en medio de la habitación apuntando con armas. Donde antes, cuando se enfrentaba a armas y violencia, hubiera cedido al pánico, esta vez permaneció bastante tranquilo.

Sabía que eran asesinos. Sabía que esperar. Y esta vez, sabía que no permitiría que hicieran daño a las hermanas Drake. Era muy simple para él. No le importaba morir, necesitaba que las mujeres sobrevivieran y vivieran en el mundo. Eran las únicas que importaba, todo lo que importaba. Las mujeres seguirían vivas. Damon colocó la bandeja de café en la mesa y ofreció a cada una de las hermanas una taza de té antes de volverse a enfrentar a los dos hombres. Los recordaba con vívido detalle. El hombre de la mandíbula magullada había disfrutado torturándole. Damon se alegró de haberle golpeado con el bastón lo suficientemente fuerte como para romperle la mandíbula.

Damon se irguió lentamente. Estos hombres habían asesinado para averiguar lo que Damon llevaba en el cerebro. Le habían lisiado para siempre y cambiado toda su vida. Ahora irrumpían en la casa de Sarah, pura blasfemia por su parte. Habían entrado a través de las puertas correderas de cristal y las habían dejado abiertas tras ellos.

Fuera, el mar parecía tranquilo, pero él podía ver, en la distancia, pequeñas olas espumosas que se acumulaban y ondeaban con una fuerza creciente en mar abierto. Sintió el poder moviéndose en él, una conexión con las mujeres a través de Sara. Amada, misteriosa Sarah. Esperó mientras las mujeres sorbían el té haciendo tiempo, sabiendo exactamente que haría.

- Vosotros dos parece que seguís apareciendo. - Saludó finalmente Damon. Dio dos pasos a su derecha, más cerca de Sarah, volviéndose ligeramente de lado

para que ella pudiera ver la pequeña arma que había cogido del cajón escondido donde Elle le había dicho que la encontraría. - ¿No tenéis casa y familia con la que volver?

- Cállate, Wilder. Sabes lo que queremos. Esta vez tenemos a alguien que te importa. Cuando ponga el arma contra su cabeza creo que me contarás lo que quiero saber.

Damon miró más allá del hombre al mar ondulante. El viento encrespado, picado en la superficie con blanca espuma. Las olas crecían más altas. Los perros continuaban labrando con furia y sacudiendo los goznes de la puerta del salón. Damon se pasó los dedos por el pelo tranquilamente, su mirada fija en un punto distante más allá de los hombres. Las hermanas bebieron el revitalizante té dulce y caliente. Y el poder recorría a Damon con más fuerza que nunca. Alrededor de ambos hombres se movía una sombra ondulando hacia adelante y atrás. Un círculo negro que parecía rodear primero a uno, después al otro. A veces la sombra parecía tener forma humana. La mayor parte del tiempo era insustancial.

- ¿Quieren una taza de té? - Preguntó Sarah cortésmente. - Tenemos suficiente.

- Siéntense. - Invitó Kate. Cambió de posición, un súbito movimiento apenas notable, pero que puso su cuerpo ligeramente entre las armas y Hannah.

- Esta pistola es auténtica. - Escupió el hombre de la mandíbula magullada. - Esto no es una fiesta. - Sonrió maliciosamente hacia su compañero. - Aunque cuando acabemos podemos llevarnos a una o dos de las mujeres con nosotros a la carretera.

Sarah parecía aburrida.

- Es muy obvio que ninguno de los dos es el cerebro de esta aventura. No puedo imaginar que ese hombre de la cárcel lo sea tampoco. ¿Quién demonios contrataría a semejantes payasos para averiguar secretos de estado? Es casi ridículo. ¿Están en problemas con su jefe y está a punto de despedirles?

- Tiene una boca pequeña, señora, no será tan difícil cerrársela.

- ¿Quieren un poco de té? al menos podemos ser civilizados. - Dijo Abbey dulcemente. Había una extraña cadencia en su voz, una cualidad cantarina que empujaba a los oyentes, arrastrándoles a su sugestión. - Si van a quedarse con nosotros un rato, bien podemos disfrutar de una buena taza de té primero y conocerlos los unos a los otros.

El aire de la habitación era fresco, casi perfumado, aunque olía a mar, crispado y salobre. Los dos hombres parecieron confusos, parpadearon rápidamente, e intercambiaron un ceño fruncido bastante desconcertados. El hombre de la mandíbula magullada bajó el arma y dio un paso hacia la bandeja con la pequeña tetera.

Hannah levantó los brazos hasta el respaldo del sillón, un movimiento gracil y elegante. El viento se levantó con un chillido, irrumpiendo en la habitación con la fuerza de un tren de mercancías. Los dos hombres se tambalearon bajo el asalto, el viento les rasgó la ropa. El picaporte de la puerta estalló bajo el peso de los perros. Los animales saltaron al interior, con los dientes desnudos. Damon parpadeó mientras la sombra agazapada saltaba sobre la espalda de uno de los hombres y se quedaba allí.

Sarah ya estaba en movimiento, lanzándose hacia los dos hombres,

agachándose para golpear al primer hombre con una patada de tijera, rodando para derribarle. Él se cayó sobre su compañero, tirándole y haciendo que su cabeza golpeará contra la base de una silla. Sarah cogió el arma que Damon le tiró.

El hombre de la mandíbula magullada se puso en pie, tirando la silla mientras sacaba una segunda arma. Damon intentó una patada con su pierna buena. Sara disparó tres veces, las balas lanzaron al hombre hacia atrás y lejos de Damon. Tranquilamente ella presionó el cañón ardiente contra la sien del intruso que estaba en el suelo.

- Le sugiero que no se mueva. - Pero seguía mirando al hombre al que había disparado, observando como Hannah y Abby intentaban revivirle. Observando la oscura sombra que se alejaba, arrastrando con ella algo pesado. Sabiendo que sus hermanas no podían deshacer lo que ella había hecho. Sarah se limpió la frente con la palma de la mano y parpadeó para contener las lágrimas.

Kate recogió las armas. Abbey contuvo a los perros simplemente colocando una mano tranquilizadora sobre sus cabezas.

- Lo siento, Sarah. - Dijo Damon.

- Fue necesario. - Se sentía enferma. No importaba que ese hombre hubiera tenido intención de matarlos a todos, o que la Muerte hubiera quedado satisfecha. Había tomado una vida.

El viento atravesó de nuevo la habitación, una suave brisa esta vez, trayendo una música. Tocando a Sarah. Miró a sus hermanas y sonrió cansada.

- Hannah, la caballería está llegando. Déjales entrar y no hagas nada que lamentarás nuevo.

Hannah puso los ojos en blanco, cruzando la habitación en estampida, lanzando una patada frustrada a la espinilla del hombre que Sarah sujetaba.

- Muchas gracias, tengo que ver a esa mofeta gigante dos veces en un día. Eso es más de lo que cualquier dama debería tener que soportar.

Abigail se inclinó con la cara al nivel de la del prisionero de Sarah.

- En realidad le gustaría contarme para quien está trabajando, ¿verdad? - Su tono era dulce, hipnótico, conpeledor. Miraba directamente a los ojos del hombre, manteniéndole cautivo allí. Esperando el nombre. Esperando la verdad.

En el umbral de la puerta, Hannah gritó un saludo a Jonas Harrington.

- Como de costumbre, llegas un poco tarde. Todavía no has logrado sobreponerte a esa mala costumbre de llegar siempre tarde a la escuela. Siempre te gustaba hacer tu entrada al menos diez minutos después de la campana. - Tenía una mano en la cadera y lanzó la sedosa masa de pelo ondulado por encima de sus hombros. - Entonces era gracioso, ahora es criminal.

Deliberadamente Jonas se acercó a ella, agobiándola con su cuerpo mucho más grande.

- Alguien debió ponerte sobre sus rodillas hace mucho tiempo. - Las palabras fueron demasiado bajas para que nadie más las oyera y él siguió pasando junto a ella hasta entrar en la habitación. Solo durante un instante sus ojos brillantes la atravesaron, quemándola.

Cada mujer de la habitación reaccionó, todos los ojos se fijaron en Jonas. Hannah levantó una mano en silenciosa admisión de que ella le había provocado. Permitted que el resto de los oficiales de policía entraran en la habitación antes de

llevarse los perros a la habitación contigua. Damon notó que no volvía.

Todas las mujeres estaban exhaustas. Damon deseó que todo el mundo se fueran. Parecía más importante poner más té en las manos de las hermanas Drake, arroparlas con mantas, escudarlas de ojos curiosos en ese momento en que eran tan obviamente vulnerables. Permaneció cerca de Sarah mientras la interrogaban repetidamente. El forense examinó el cuerpo y el equipo de la escena del crimen pasó por la habitación.

Cada una de las hermanas declaró por separado así que pareció pasar una eternidad hasta que Damon tuvo la casa de nuevo bajo su control.

- Gracias, Abbey, No sé como te las arreglaste para conseguir ese nombre, pero espero que serán capaces de detener a cualquier otro que venga a por mí.

Abbey cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el respaldo de la silla.

- Fue un placer. ¿Contestas al teléfono? Dile a Elle que estoy demasiado cansada para hablar pero que tiene que contar a las otras que estamos todas bien.

- El teléfono no está sonando. - Pero ya caminaba hasta la cocina para responderlo.

Por supuesto que no estaba sonando. Aún. Pero lo estaría. Y lo hizo. Y él aseguró a Elle que no dejaría solas a sus hermanas y que todo estaba bien en su mundo.

Parecieron transcurrir horas antes de poder estar a solas con Sarah. Su Sarah. Antes de poder enmarcar su cara con las manos e inclinar la cabeza para besarla con cada onza de ternura que tenía en su interior.

- Vi algo, una sombra, oscura y sombría. Sentía que estaba sobre mí, conmigo, y ahora se ha ido. Suena ridículo, Sarah, pero me siento más ligero, como si me hubieran quitado un gran peso de encima. Sabes de qué estoy hablando, ¿verdad?

- Si. - Dijo ella simplemente.

La mirada de Damon se movió posesivamente sobre la cara de ella.

- Pareces tan cansada. Te llevaría en brazos a la cama, pero no llegaríamos si lo intentara.

Ella se las arregló para dibujar una sonrisa.

- Por mí podrías dejarme caer al suelo. Simplemente me dormiría.

La ayudó a recorrer el vestíbulo hasta las escaleras.

- Hannah está en el torreón que conduce a la almena, ¿verdad?

Sarah estaba encantada de que él lo supiera.

- La atrae el mar. El viento y la lluvia. La ayudará estar allí, en lo alto, donde puede verlo todo. Me alegro de que lo entiendas.

Subió las escaleras tras ella, listo para interrumpir su caída si era necesario. Listo para hacer lo que fuera necesario para protegerla.

- Me resulta sorprendente sentir el poder en esta casa, pero lo hago. Soy un científico. Nada de esto tiene sentido, lo que sois tú y tus hermanas. Demonios, ni siquiera sé como te describiría, pero sé que es real.

- Quédate conmigo esta noche, Damon. - Dijo Sarah. - Me siento muy débil, como mantequilla demasiado extendida. Cuando tú estas conmigo, no estoy tan perdida.

- Tendrías que echarme a patadas, Sarah. - Replicó sinceramente. - Sé que

te amo y que quiero que seas mi esposa. Ni siquiera quiero que nos separemos.

- Yo siento lo mismo, Damon. - Sarah abrió la puerta de su dormitorio y se derrumbó sobre la gran cama de cuatro postes. Miró hacia él, tan hermosa, allí tendida, esperando a que se tendiera a su lado.

Su ventana daba al mar. Damon podía ver el agua, de un azul profundo, olas levantándose altas, derrumbándose, golpeando la orilla y retirándose como habían hecho desde hacía muchos años. La paz residía en su corazón y su mente. Una risa suave llegó de varias partes de la casa. Se extendió a través del aire, y llenó la casa de alegría. Sarah estaba de vuelta. Sarah estaba en casa. Y Damon había vuelto a casa con ella.

**FIN**